—¿Zarabia? —se escuchó entonces, con un tono firme al pasar lista.

—Presente —respondí, procurando sostener una voz clara y respetuosa.

Siguió un breve intervalo, apenas el tiempo necesario para que el docente revisara el registro, antes de proseguir, con neutralidad casi impersonal.

—Primera pregunta, seis. Segunda pregunta, seis. Tercera pregunta, siete. Examen final, diecinueve.

En ese instante, mi expresión debió de delatar una confusión tan inmediata como involuntaria; un leve desajuste entre lo esperado y lo recibido que, sin embargo, no pasó inadvertido para su mirada atenta.

—Zarabia, usted es bueno. Convénzase de eso —añadió luego, modulando la voz con una serenidad que no excluía cierta firmeza.

Recuerdo haber rendido aquel examen final con una seguridad comparable a la de una pareja que se ama a la distancia, una suerte de confianza ciega sostenida más por la persistencia de la convicción que por la garantía de la certeza. No obstante, para mi buena fortuna, aquel profesor privilegiaba el procedimiento por encima de la mera obtención de un resultado. Así, mis zigzagueos, garabatos y trazos quizá erráticos en apariencia resultaron, al parecer, suficientemente persuasivos para dar sustento a los cálculos que el examen exigía. De este modo, reposaba mi calificación aprobatoria, discreta pero irrefutable, sancionada por la mirada escrutadora de un docente que, con un criterio más lúcido que el mío, había sabido reconocer en mis razonamientos una aptitud que yo mismo persistía, casi con obstinación, en desestimar.

A mi flanco, asintiendo con una placidez que rozaba lo exasperante, se encontraba Santiesteban. Hasta hoy, los pormenores que dieron origen a nuestra amistad se disuelven en una bruma imprecisa. Apenas conservo la convicción, tan firme como inexplicable, de que nuestras voluntades se reconocieron y anudaron en las trincheras de los cursos más hostiles y del divertimento ulterior. De aquel terreno adverso emergió entre nosotros un pacto tácito, casi litúrgico en su observancia, toda victoria, por modesta que fuese, debía ser celebrada sin dilación entre los vapores fragantes y los generosos platillos del *Chifa Jockey*. Aquella tarde no era la excepción, la brújula de nuestra costumbre señalaba, con una terquedad inapelable, hacia ese destino.

No obstante, la fatalidad suele ejercer su dominio, no a través de grandes cataclismos, sino mediante la irrupción casi imperceptible de lo nimio. Mi celular vibró con una sequedad discreta sobre el pupitre, como si pretendiera no perturbar del todo el orden recién restituido. En la pantalla, un número desconocido insistía en su anonimato.

Permanecí unos instantes contemplando el dispositivo, suspendido en una vacilación tan breve como densa, debatiéndome entre la prudencia y la curiosidad. Mi primer impulso fue desdeñar la interrupción, aferrándome a la atmósfera de alivio que apenas comenzaba a

asentarse en mí. Sin embargo, un impulso más hondo, difícil de nombrar pero imposible de ignorar, me obligó a incorporarme.

Abandoné el aula y me interné en el pasillo, un corredor alargado y silencioso, bañado por la luz mortecina del atardecer limeño. Allí, con un gesto casi mecánico, deslicé el dedo sobre la superficie fría del dispositivo y llevé el auricular a mi oído, como quien, sin saberlo del todo, se dispone a franquear un umbral.

—¿Aló? —dije.

—¿Joven William? —respondió una mujer, cuya dicción, pese a su corrección, dejaba entrever una premura difícil de disimular—. Disculpe que lo llame. Una chica se encuentra aquí preguntando por usted, dice que podría ayudarla.

No llegué a formular pregunta alguna. Un ruido impreciso, una suerte de forcejeo contenido, alteró súbitamente la continuidad de la llamada y la voz cambió de dueño con una brusquedad que no necesitó explicación. La inflexión que siguió, tenue pero inconfundible, bastó para provocar en mí una reacción inmediata, casi refleja, como si la memoria, celosa en sus archivos, se hubiese adelantado a toda mediación consciente.

—Will por favor, ayúdame —dijo. La fragilidad de su tono no era un artificio, por el contrario, cada sílaba parecía sostenerse con dificultad, como si amenazara con desmoronarse antes de completarse—. Estoy a espaldas de la Estación La Cultura. Te enviaré la ubicación desde este número. Recógeme, por favor.

Para entonces, llevaba ya un tiempo considerable instalado en una calma que, sin ser absoluta, resultaba al menos funcional en lo que respecta al ámbito afectivo. Había montado una tregua discreta, construida a partir de la distancia, de la reiteración de ciertas rutinas y de una voluntad sostenida de no reincidir en antiguos extravíos. Había llegado a persuadirme, no sin esfuerzo, de que determinados vínculos habían quedado, si no resueltos, al menos suficientemente clausurados como para no interferir en el curso presente de mi vida. Aquella convicción, sin embargo, cedió sin resistencia en cuanto reconocí la voz, no por su claridad, sino precisamente por las modulaciones que la hacían única e irrepetible.

Era Violeta, una antigua pareja, quien habría escrito un capítulo en mi vida tan intenso como devastador.

Ese afán protector, esa pulsión casi automática de erigirme como resguardo frente a las crisis ajenas y que en cuantiosas ocasiones me ha conducido, sin mayor deliberación, hacia escenarios de naturaleza incierta o francamente adversa, se activó en mí sin transición alguna. Regresé al aula con un andar precipitado, más cercano a la urgencia que a la compostura.

—Santiesteban un favor —le indiqué acortando las distancias—. Guarda mi laptop y la mochila. Ha surgido una urgencia; mañana pasaré a recogerlas a tu casa. No hubo espacio para explicaciones adicionales. Prescindí de cualquier equipaje; portaba únicamente mi teléfono celular y un objeto metálico de bolsillo cuya presencia, más que obedecer a una necesidad concreta, se había vuelto parte de mis hábitos más arraigados y que con el tiempo,

había adquirido para mí la misma condición casi ritual que un encendedor para un tabaquista. Abandoné sin más las instalaciones de mi alma mater y me dirigí hacia la ubicación indicada.

Para mi fortuna, el señor Julio, taxista de confianza, presencia habitual en mis desplazamientos desde hace años y cuya historia merece, sin duda, un espacio aparte; se encontraba a pocos minutos de mi posición. Opté por aguardarlo. El trayecto que siguió, sin embargo, adquirió pronto la densidad de un suplicio. El vehículo avanzaba con una lentitud exasperante entre el tráfico compacto mientras el estruendo discontinuo de las bocinas parecía amplificar una inquietud que comenzaba a asentarse con peso en mi pecho. Mi mente, incapaz de permanecer en reposo, ensayaba hipótesis, proyectaba escenarios y elaboraba respuestas para un problema cuya naturaleza concreta aún me era esquiva.

Al arribar a la ubicación provista, me encontré frente a la fachada de una vivienda particular, apenas insinuada en la penumbra de las primeras horas de la noche. Toqué la puerta con una determinación que no admitía titubeos. Fue la misma mujer de la llamada inicial quien acudió. Su semblante, atravesado por una consternación difícil de disimular, anticipaba la gravedad de lo ocurrido. Con palabras breves, aunque cargadas de una inquietud genuina, me relató cómo sus dos hijos menores, que regresaban de comprar en una tienda cercana, habían encontrado a Violeta deambulando sin rumbo fijo por la zona. La habían visto primero detenerse en una esquina, llevándose las manos al rostro; luego, sentarse abruptamente en la vereda, presa de un llanto incontenible. Según refirió, intentaron preguntarle si necesitaba ayuda, pero ella apenas lograba articular frases inconexas entre sollozos. Ante la insistencia de los niños y su evidente estado de vulnerabilidad, decidieron llevarla hasta la casa. Solo tras esa antesala, Violeta emergió desde el interior. Al cruzar miradas, su expresión se desmoronó con una inmediatez que no dejó espacio para la contención.

Violeta siempre se había distinguido por una estética cuidadosamente construida, casi irreprochable; su presencia no pasaba inadvertida. Poseía una belleza de rasgos definidos, sostenida por una seguridad que no se limitaba a lo superficial, había en su porte una mezcla de ternura y dominio, una manera precisa de habitar los espacios, de modular la voz, de dirigir la atención ajena sin esfuerzo aparente. Su vestimenta, siempre escogida con criterio, reforzaba esa imagen de control y sofisticación; cada detalle parecía responder a una lógica íntima, deliberada, que en otro tiempo no solo despertaba mi admiración, sino que me sometía, sin margen alguno de resistencia, a los inevitables dictados y mandamientos de Eros.

Sin embargo, la figura que tenía ante mí era apenas un vestigio desdibujado de aquella imagen. El maquillaje, otrora impecable, se encontraba ahora corrido, formando surcos oscuros sobre sus mejillas; su mirada, desprovista de la firmeza habitual, oscilaba entre la angustia y un desconcierto difícil de sostener. Su cabello, desordenado, caía sin forma definida sobre su rostro, como si hubiese perdido toda intención de cuidado; algunos mechones, adheridos por la humedad de las lágrimas, acentuaban la sensación de abandono. Había en su presencia una disonancia inquietante pues no era solo el deterioro físico lo que llamaba la atención, sino la fractura de aquello que, hasta entonces, había parecido inmutable. Una fragilidad que no le conocía, una fisura evidente en esa arquitectura de seguridad que siempre la había caracterizado.

Tras manifestar mi agradecimiento a la dueña de casa, tomé a Violeta con cuidado pero sin dilación y la conduje hacia una avenida aledaña. Buscaba, más que nada, el anonimato de una calle menos transitada, un espacio donde la conversación pudiera desplegarse sin testigos ni interrupciones. Estaba enojado pero no de un modo estridente, sino con esa cólera suave que se repliega sobre sí misma y se invalida en su contención. Comprendía, con una lucidez casi incómoda, que aquel no era el espacio para el reproche, sino para la claridad.

—No dispongo de mucho tiempo —le dije, con una sobriedad que apenas disimulaba la tensión—. Dime de forma directa que ha ocurrido.

Le tomó más de lo esperable articular un relato coherente. Intentaba ordenar los acontecimientos, pero cada intento se desmoronaba bajo el peso de sus propios sollozos; su respiración, entrecortada, se volvía un obstáculo adicional. Sus manos nerviosas recorrían su rostro con insistencia, como si buscara, a través del tacto, recomponer una imagen que intuía devastada. Entre pausas abruptas, frases inconclusas y un temblor persistente en la voz, fue desgranando una confesión que, a medida que tomaba forma, despertaba en mí una repulsión de naturaleza inequívocamente ética.

Acorralada por una precariedad económica que había ido estrechándose como un cerco, aceptó una propuesta laboral gestionada a través de *Instagram*. La oferta, deliberadamente ambigua, insinuaba ingresos inmediatos a cambio de una disposición flexible, sin mayor especificación. Le indicaron desde un inicio, que debía adoptar un nombre distinto, una identidad efímera, instrumental y mantener absoluta discreción. Un vehículo de lunas polarizadas la recogió sin intercambiar más que instrucciones escuetas. Durante el trayecto, me dijo, el silencio era casi protocolar; apenas algunas indicaciones breves, impersonales, como si su presencia ya no requiriera explicación alguna. La condujeron a un inmueble de fachada anodina, de esos que se confunden con la rutina urbana y no suscitan sospecha. Al ingresar la atmósfera cambió de manera perceptible. Iluminación tenue, pasillos estrechos, puertas cerradas tras las cuales se insinuaban murmullos, quejidos y movimientos difíciles de precisar. Allí, con una premura que no admitía objeción, le ordenaron desprenderse de todas sus pertenencias como el teléfono, bolso, documentos; cualquier vestigio de identidad debía quedar fuera. Esa instrucción sumada al entorno, al lenguaje implícito de las miradas, al modo en que se le indicó que se preparara, terminó por confirmarle sin eufemismos y con una claridad brutal, la naturaleza del encargo. No se trataba de un empleo convencional, sino de la disposición de su propio cuerpo como objeto de intercambio, de un servicio íntimo reducido a transacción.

Aun así, la necesidad que la empujó desde el inicio hasta esa decisión, ese argumento silencioso que rara vez admite réplica, se impuso.

Fue conducida a una habitación donde la espera no se prolongó demasiado. El hombre que ingresó después no se detuvo en formalidades; había en su actitud una mezcla de prisa y expectativa que anulaba cualquier posibilidad de ambigüedad. El juego previo como le habían indicado tuvo lugar de forma breve, el despoje de las prendas principales terminó por confirmar el inicio del servicio. Me dijo que, en ese punto, todo en ella comenzó a resistirse no de manera discursiva, sino física, casi instintiva. El aire se volvió denso, el espacio

reducido, y la conciencia de lo que estaba a punto de consumarse adquirió un peso insoportable.

Pocos minutos luego de iniciarse el encuentro, si es que puede llamársele así, algo en su interior cedió abruptamente. El terror, en su forma más primaria, la inmovilizó primero y la empujó después hacia una reacción de rechazo absoluto. El arrepentimiento no fue gradual; irrumpió con una violencia que desarticuló cualquier continuidad posible. Se apresuró en vestirse e intentó salir de la habitación con una urgencia desordenada, casi torpe, guiada únicamente por la necesidad de escapar. El hombre, sorprendido y frustrado por la interrupción de lo que consideraba ya pactado y con los instintos bajos totalmente activados, trató de impedirlo mediante un forcejeo breve pero brusco, carente de técnica pero cargado de insistencia. No lo consiguió. En el exterior, quienes la habían conducido hasta allí intentaron también contenerla, interceptar su huida de forma violenta, pero, por razones que escapan a una lógica evidente, como si alguna grieta imprevista se hubiese abierto en ese engranaje, no lograron retenerla. Y así, desprovista de toda compostura, aún con el temblor adherido al cuerpo y la conciencia fracturada por lo ocurrido, terminó deambulando sin dirección hasta que el colapso la obligó a detenerse en aquella vereda donde finalmente fue encontrada.

La fachada de enojo que había sostenido con deliberado esfuerzo se desplomó sin previo aviso, como si hubiese sido apenas un artificio precario. En su lugar emergió una tristeza densa, imbricada con una decepción que no tardó en insinuarse con claridad. Verla así, desprovista de toda compostura, vulnerable en un grado que jamás le había conocido y escuchar, en la cadencia quebrada de su propia voz, la secuencia de lo ocurrido bastó para desarticular aquella coraza que, en otras circunstancias, solía erigir con obstinación casi mecánica.

No era únicamente el pesar por lo que le había acontecido, que ya de por sí resultaba difícil de procesar sin un resabio de impotencia, sino una desazón de orden más complejo, más íntimo. Durante el tiempo que compartimos, ese ámbito, el de las dinámicas que ahora la habían alcanzado, no me era ajeno. Me había encontrado y en ocasiones aún me encuentro, aunque con menor frecuencia, en una suerte de primera línea frente a estos fenómenos no solo desde la observación meticulosa o la recopilación de indicios que, con el tiempo, revelan patrones inquietantemente recurrentes, sino también desde una participación activa, aunque discreta, orientada a confrontar, dentro de mis limitaciones, a quienes se valen de la vulnerabilidad ajena para torcer voluntades y convertir la necesidad en instrumento y luego en prisión.

A partir de esas experiencias, había intentado, quizá con una insistencia que rozaba lo excesivo, inculcar en ella una forma de cautela, una suerte de cultura preventiva frente a ese tipo de escenarios durante el tiempo que compartimos una relación. Advertencias reiteradas, ejemplos concretos, conversaciones que buscaban no solo informar, sino dejar una huella suficientemente profunda como para activar, llegado el caso, un mecanismo de alerta. Creí, en su momento, que aquello bastaba; que ciertas líneas, una vez trazadas con nitidez, no podían ignorarse sin plena conciencia. Que, pese a todo ello, hubiese desoído o relegado a

un plano secundario esas precauciones, que hubiera avanzado sin reparar en señales que para mí resultaban ya inequívocas, introducía en mi ánimo una nota de decepción difícil de soslayar. No se trataba de un reproche explícito ni de una imputación formulada en voz alta; era, más bien, la constatación silenciosa de que todo aquel esfuerzo por anticipar y prevenir había resultado, en última instancia irónicamente insuficiente.

Y, sin embargo, en medio de esa mezcla de tristeza y desencanto, emergía una dualidad que me descolocaba pues la tenía frente a mí, tangible, respirando aún, en un estado desaliñado y frágil. Pero estaba allí. Presente. Y no podía evitar pensar, con una lucidez incómoda, que bien pudo haber sido otra historia, un dato más en la estadística, uno de esos registros que, hasta hoy, tienen la capacidad de arrebatarme horas de sueño.

Llamé al señor Julio, quien había aguardado a unas cuadras con esa paciencia sobria que siempre le he reconocido. Al abordar el vehículo, bastó un breve cruce de miradas para que identificara la situación; no formuló pregunta alguna, ni fue necesario. Violeta, visiblemente replegada sobre sí misma, evitaba sostenerme la mirada; el peso de lo ocurrido y la severidad de mis palabras parecían haberla reducido a un silencio tenso. Le pedí que permaneciera dentro del automóvil. Asintió sin discutir. Tenía la mirada perdida sobre el parabrisas y las manos aferradas entre sí con una fuerza que delataba que su cuerpo todavía no comprendía que había conseguido salir. Medité unos minutos y antes de bajar le pregunté dónde había sido. Me indicó una dirección imprecisa, un par de referencias inconexas y unas cuadras que, según sus recuerdos, conducían al lugar. Descendí del vehículo y comencé a caminar. Durante el trayecto pasé frente a una farmacia que ofrecía retiro de efectivo mediante transferencia. Entré casi por instinto y retiré una suma que consideré suficiente. Mientras guardaba los billetes en el bolsillo del pantalón comprendí que no estaba comprando una solución; apenas intentaba ampliar el margen de las posibilidades.

Recorrí varias calles siguiendo las difusas indicaciones de Violeta hasta que una casona de fachada discreta, demasiado discreta para el movimiento que parecía rodearla, terminó por detenerme. No supe explicar por qué, pero tuve la certeza de que era allí. Crucé el portón de fierro y luego una puerta de madera que cedió con un leve crujido. Apenas di los primeros pasos sentí que ya no pertenecía a ese lugar. El silencio tenía una densidad distinta; no invitaba a callar, sino a medir el peso de cada gesto. Frente a mí, un hombre ocupaba una mesa estrecha sobre la que descansaban un cuaderno viejo de apuntes, un cenicero desbordado de colillas y una calculadora amarillenta envejecida por el uso.

Mientras caminaba hacia él, mi cabeza en contraste a mi cuerpo comenzó a ensayar desenlaces. Calculé la distancia hasta la puerta, conté cuántos hombres alcanzaba a distinguir sin mover demasiado la cabeza, imaginé qué haría si alguien decidía cerrar el paso o si la conversación abandonaba el terreno de las palabras. Ninguna posibilidad me favorecía. Fue entonces cuando entendí la magnitud de mi imprudencia. Había entrado solo a un lugar cuyas reglas desconocía y donde, probablemente, nadie habría podido explicar qué hacía allí si dejaba de salir por mis propios medios. Pensé, incluso, que todavía estaba a tiempo de dar media vuelta. Pero permanecí.

El hombre ni siquiera preguntó quién era. Bajó la vista al cuaderno y comenzó a enumerar, con una naturalidad casi administrativa, las habitaciones disponibles, los nombres de las mujeres y el monto correspondiente por cada una. Durante unos segundos permanecí inmóvil. Lo que me incomodó no fue la escena, sino comprender que, para él, yo era exactamente igual a quienes habían cruzado aquella puerta antes que yo. Sentí una repulsión difícil de describir.

Esperé a que terminara.

—No vine por eso —dije procurando que la voz conservara una serenidad que estaba lejos de sentir—. Vine por la chica que salió hace varios minutos. Dejó sus pertenencias. Solo quiero recuperarlas.

El hombre levantó la vista por primera vez. Al fondo, otro que hasta entonces permanecía apoyado contra la pared abandonó lentamente su quietud. No hubo gritos. Bastaron algunas miradas, un par de frases pronunciadas en voz baja y una espera deliberadamente prolongada para hacerme comprender que cualquier decisión dependía exclusivamente de ellos. Expliqué que no pretendía discutir ni cuestionar sus reglas, que únicamente quería llevarme las cosas de Violeta y que estaba dispuesto a pagar por ellas. Después guardé silencio. No porque me sintiera seguro, sino porque advertí que insistir solo habría reducido todavía más el estrecho margen que conservaba.

Tras unos minutos que se sintieron mucho más largos de lo que el reloj habría reconocido, uno de ellos hizo una señal de cobranza. Saqué el dinero del bolsillo y se lo entregué. Lo contó despacio, intercambió una mirada con los demás y desapareció por un pasillo estrecho. Cuando regresó traía el bolso de Violeta, su teléfono y un manojo de llaves. Los tomé con un agradecimiento apenas insinuado y abandoné la casona sin volver la vista atrás.

Solo al cruzar nuevamente el portón advertí que había dejado de contener la respiración. El aire de la calle, ordinario e inadvertido apenas unos minutos antes, entró en mis pulmones con una calma inesperada. Llamé al señor Julio para indicarle que variara su posición hacia unas cuadras más adelante, que haría un recorrido distinto, esto con el fin de dispersar el seguimiento que muy probablemente tendría. Surqué entonces de forma deliberada las calles, entrando a tiendas que conectaban con el otro lado de estas hasta sentir una falsa sensación de seguridad, llegando así al encuentro con el Sr. Julio de nuevo.

Ya en el auto, le indiqué que nos llevara al domicilio de Violeta, dirección que el ya conocía de antemano. Durante el recorrido, en contadas ocasiones, ella ensayó algún intento de conversación, pero las frases se disolvían antes de completarse, como si incluso ella percibiera la inutilidad de insistir. Fue en ese contexto cuando, en un gesto que no dudé en juzgar improcedente, articuló una petición que terminó por fijar con claridad el límite de mi disposición.

—Will… —dijo, mirándome con una súplica apenas contenida—. Si mi madre llega a preguntarte, te ruego que le digas que pasamos la tarde juntos.

—No me pidas eso —respondí—. Sé sincera con lo ocurrido.

No hubo réplica. El resto del trayecto transcurrió en un silencio compacto, apenas atravesado por el sonido regular del motor y el tránsito irregular de la ciudad, como si todo lo que podía decirse hubiese quedado ya definitivamente clausurado.

La dejé frente a su domicilio sin mediar despedida alguna. Cuando el vehículo retomó la marcha, me recliné contra el respaldo con una sensación de agotamiento que excedía lo físico, como si se hubiese acumulado en un plano más profundo, menos delimitable. Mi enojo no se explicaba únicamente por la imprudencia de Violeta, sino por una coincidencia que adquiría, en ese momento, un matiz particularmente ingrato.

Era la noche del 29 de mayo, fecha del cumpleaños de mi madre.

Había organizado el día con una precisión casi milimétrica, calculando tiempos y desplazamientos para retirarme de la universidad y llegar con antelación a la reunión familiar. Sin embargo, aquel episodio, tan imprevisto como perturbador, había consumido sin miramientos las horas destinadas a ese propósito. Cogí el celular viendo las llamadas perdidas y timbré a mi madre, aferrándome a la posibilidad, por remota que fuese, de que la celebración aún no hubiera concluido.

—Hola, hijo—respondió mi madre. Su voz conservaba esa serenidad constante que, en momentos de culpa, resulta más elocuente que cualquier reproche—. No te preocupes por la hora. Ya nos estamos preparando para descansar. Dejaremos la celebración para el fin de semana.

Finalicé la llamada con una sensación de vacío que se instaló, opresiva, en el pecho. La frustración disipó cualquier intención de regresar de inmediato a mi domicilio. Le indiqué al señor Julio que modificara la ruta y me dejara en una dirección aleatoria; añadí, por mera inercia, que no se preocupara por el costo, que como siempre recibiría lo que correspondía conforme a su tarifa.

Necesitaba caminar. Reducir el flujo desordenado de pensamientos al ritmo mecánico de los pasos, permitir que el movimiento impusiera cierta cadencia a una mente que se resistía a aquietarse. Intuía una inclinación inevitable hacia el líquido no vital pero saciante en todas las letras, hacia esa forma precaria y no siempre eficaz de atenuar la sobrecarga de ciertas jornadas. Consideré además la posibilidad de llamar a una amiga que se encontraba cerca, pero incluso esa decisión, en apariencia simple, se me antojaba prematura. Todo permanecía, en ese punto abierto, incierto, suspendido.

El señor Julio acató mi indicación sin formular objeción alguna y condujo el vehículo por arterias que escapaban a mis trayectos habituales. Durante el recorrido, el silencio no fue absoluto. En un par de ocasiones intentó, con la discreción que le es propia, tantear si requería algo más, agua, un desvío, alguna llamada, pero me limité a responder con monosílabos que desalentaban cualquier prolongación del intercambio. La ciudad, vista a través del parabrisas, desfilaba con una extrañeza inusual; semáforos, luces intermitentes y transeúntes anónimos adquirían una cualidad ajena, como si pertenecieran a un plano del que yo había quedado momentáneamente desplazado. En determinado punto y sin una dirección precisa en mente,

le pedí que me dejara donde le pareciera conveniente, siempre que se mantuviera en las inmediaciones cercanas por si requería llamarlo nuevamente. Asintió en silencio, como si comprendiera que no se trataba de una indicación logística, sino de una necesidad menos entendible. Descendí del vehículo y me interné en la noche limeña, caminando sin rumbo definido, absorbido por un soliloquio estéril que no conducía a conclusión alguna. Avanzaba sin demasiada prisa, buscando algún lugar donde pudiera sentarme a comer o tomar algo antes de decidir qué hacer con el resto de la noche. Tras unos minutos que se dilataron más de lo razonable, algo llamó mi atención a la distancia. La fachada imponente y decididamente moderna del Hotel Hilton se alzó ante mí, erguida como un monolito de opulencia en medio del entorno urbano.

Mi indumentaria no podía ser más disonante. Vestía aún como estudiante, con prendas casuales y un descuido funcional que contrastaba de manera evidente con la sobriedad elegante del recinto. No obstante, la experiencia me había enseñado que la seguridad en el porte suele suplir, con creces, cualquier carencia estética. Enderecé la postura, fijé la mirada en la pantalla de mi teléfono con una expresión que simulaba urgencia profesional y crucé las puertas de cristal con paso firme. El personal de seguridad me dirigió un asentimiento cortés; mi presencia no despertó objeción ni escrutinio alguno.

Me encaminé sin vacilación hacia el área del bar. El cambio de atmósfera fue inmediato y, en cierto modo, restaurador. La agitación interna que me acompañaba encontró un contrapunto en la iluminación cálida, casi ambarina, en el discreto tintinear del cristal y en los acordes suaves de un ensamble de jazz que se deslizaban por el ambiente sin imponerse. Tomé asiento en uno de los sillones individuales dispuestos con estudiada irregularidad y busqué, no sin cierta torpeza, la mirada de algún camarero que advirtiera mi presencia. Fue entonces cuando, desde atrás y con una cortesía que rozaba lo coreográfico, uno de ellos se aproximó y sin mediar mayor preámbulo, me ofreció un pequeño vaso de pisco acompañado de la carta. La hojeé con atención dispersa, recorriendo la lista de cócteles sin que ninguno lograra fijar mi interés. Incapaz de decidirme, dejé reposar el menú y permití que mi mirada se desplazara hacia el entorno, deteniéndose en los detalles. La disposición del mobiliario, la textura de los materiales, la forma en que la luz se fragmentaba sobre las superficies pulidas.

Fue en ese preciso instante cuando, a escasos metros de distancia, *aquella madrugada de aquel treinta de mayo*, mi mirada convergió en ella.

Portaba un impecable blazer de tonalidad azul marino, cuyo corte, de líneas precisas y casi arquitectónicas, evidenciaba una elegancia sobria, cosmopolita y rigurosamente calculada; lo acompañaba un pantalón blanco de caída limpia, que contrastaba con unos tacones negros de factura clásica y una blusa de seda de discreto refinamiento que completaba una composición estética donde nada parecía dejado al azar. Su cabello, de un tono que evocaba al carbón, caía con disciplina sobre sus hombros, reflejando la luz con un brillo contenido, mientras su porte, por otro lado, se libraba de la verticalidad común. Sostenía entre sus dedos una copa que, por la densidad y la refracción oscura del líquido, inferí, no sin cierta conjetura improvisada, contenía un *Black Manhattan*, no por erudición en materia de coctelería, sino por ser el único nombre que había retenido de la lectura apresurada de la carta minutos antes.

Se encontraba sola. Su mirada parecía perderse en la superficie inmóvil de su bebida, como si buscara en ella una forma de disolución; sin embargo, el leve rastro de humedad en sus mejillas delataba un llanto silencioso, contenido, que había pasado inadvertido desde el ángulo en que yo me encontré al ingresar. No había teatralidad en su tristeza, sino una contención casi disciplinada, más inquietante por lo que callaba que por lo que mostraba.

Aquel mismo impulso que, horas antes, me había conducido a un escenario indeseado volvió a manifestarse, aunque esta vez desprovisto de urgencia o alarma. No era una reacción instintiva, sino una inclinación más templada, una forma de curiosidad empática que buscaba, acaso, mitigar no solo la desolación ajena, sino también la propia. Decidí no precipitarme. Permanecí unos instantes más en mi asiento, concluyendo el gesto de cortesía inicial, antes de acortar, con deliberación medida, la distancia que nos separaba y aproximarme a la barra donde ella se encontraba.

Mis primeros intentos por llamar su atención resultaron, en retrospectiva, torpemente ineficaces. Un leve movimiento de la copa en su dirección, como si brindara sin interlocutor, y un comentario casi inaudible sobre la elección del cóctel, pronunciado con una cautela que lo condenó a la irrelevancia. Ninguno obtuvo respuesta. Fue entonces cuando, asumiendo lo improcedente del gesto pero ya sin margen para la vacilación, decidí hablar.

—No caiga usted por amores, debe de levantarse — le dije, con una torpeza que no logré disimular, evocando de manera poco afortunada una línea de aquel cantautor guatemalteco.

Ella alzó el rostro con lentitud. Sus ojos, enrojecidos pero dotados de una intensidad poco común, se posaron sobre mí con una frialdad defensiva, casi analítica, casi forense. Esbozó una leve risa, más reflejo que concesión y, sin apartar del todo la mirada, respondió:

—No es por amores, solo necesito pensar por eso necesito estar sola. —articuló entre una especie de risa melancólica.

No obstante, el matiz de su voz no correspondía del todo a la contundencia de sus palabras. No era el rechazo firme de quien desea aislamiento, sino la resistencia tenue de quien ya no encuentra fuerzas para sostenerlo. Opté por no acatar, al menos de inmediato, su indicación formal. Establecí contacto visual con el barman y, con un gesto apenas perceptible, levanté dos dedos. Acto seguido, tomé asiento a su lado, cuidando de mantener una distancia respetuosa que no invadiera su espacio, pero que tampoco renunciara del todo a la posibilidad de un diálogo.

Luego de un momento, casi con una sincronía que habría resultado inverosímil de no haberla presenciado, llegaron los cócteles que había solicitado. Los vasos fueron depositados sobre la barra justo cuando ella apuraba el último sorbo del suyo, como si el tiempo, caprichoso y oportuno, hubiese decidido favorecerme. Aproveché la coincidencia y, con un gesto medido, deslicé uno de ellos hacia su posición. Ella lo aceptó con una cortesía breve, aunque de inmediato giró el rostro hacia mí con una súbita intensidad, evaluándome con detenimiento, como si intentara descifrar no solo mis intenciones, sino algún indicio más profundo, casi esencial. Sus ojos, aún marcados por el llanto reciente, parecían registrar cada matiz; y en mi

interpretación, probablemente equivocada, aunque no por ello menos firme en ese instante, creí entrever un atisbo de interés.

—¿Cómo te llamas? —preguntó finalmente.

—Andrés —respondí sin dudar.

No era un nombre elegido al azar. Con el tiempo me había habituado a recurrir a él en contextos donde la identidad real resultaba prescindible. Pedidos en establecimientos de comida, registros efímeros en plataformas digitales, interacciones breves con desconocidos en las que el anonimato ofrecía una suerte de margen de maniobra, etc. Era, en cierto modo, una extensión funcional de mí mismo.

Ella continuó observándome, con una concentración que rozaba lo inquisitivo, como si intentara atravesar la superficie de mis palabras y encontrar algo más sustancial detrás de ellas. Tomé un sorbo de mi vaso y, desestimando la posibilidad de haber acumulado ya suficiente torpeza por una sola noche, decidí sostener el juego de esa mirada evaluadora aún húmeda.

—También me pongo así cuando le echo ají al ceviche —comenté.

La frase, impropia y desubicada en cualquier otro contexto, logró sin embargo arrancarle una leve risa de nuevo, breve pero genuina, que quebró la tensión acumulada. Con un gesto aún acompañado de esa risa tenue, extrajo un trozo de papel de su cartera y se secó con cuidado los restos de humedad en sus mejillas. A partir de entonces, la conversación comenzó a desplegarse con una naturalidad progresiva, casi inevitable. La rigidez inicial en sus hombros fue cediendo, y el ambiente, ya de por sí contenido por la música suave y la iluminación cálida, adquirió una cualidad más habitable.

Aquella madrugada de aquel treinta de mayo me fue concedido, de una manera que aún hoy me resulta difícil atribuir únicamente al azar y cual mandato divino, el encuentro con Esmeralda.

Era una mujer de intelecto agudo, poseedora de una sofisticación casi abrumadora en lo que respecta a sus gustos; referencias musicales precisas, criterios definidos en sus pasatiempos, una forma de pensar que contrastaba de manera evidente con la mía y que, sin embargo, lejos de distanciarnos, parecía enriquecer el intercambio. En algún punto de la conversación, al preguntarle su edad, respondió con naturalidad que tenía 31 años. Cuando la inercia del diálogo derivó, como era previsible, hacia mi propia edad, experimenté un instante de cálculo frío. Yo apenas transitaba esa frontera difusa en la que la mayoría aún es percibida como demasiado joven para ciertas responsabilidades, pese a que la apariencia pueda inducir a equívoco. Confesar la verdad implicaba, en mi lógica de entonces, desarticular el equilibrio que habíamos alcanzado. Sostuve su mirada y, con una seguridad que me sorprendió, añadí años a mi biografía en una sola frase. La firmeza de mi voz hizo el resto.

La velada discurrió con una fluidez que, a esas alturas, ya no resultaba sorprendente. Le relaté, con las omisiones necesarias, los acontecimientos que me habían conducido hasta ese

lugar; ella, en correspondencia, abrió los contornos de su propia historia. Había crecido en los alrededores de San Juan de Miraflores y, tras concluir la secundaria, sus padres habían decidido emprender un camino lejos con ella, hacia ese gigante norteamericano que, para muchos, representa la promesa de orden y prosperidad más allá de nuestras fronteras. Provenía de una familia rigurosa, íntegramente dedicada a las ciencias de la salud, que había proyectado sobre ella una trayectoria similar. Sin embargo, Esmeralda, optó por desviarse de ese mandato y se inclinó por el Derecho, especializándose en un ámbito que, con franqueza, no recuerdo. El éxito, según su relato, había sido tan rápido como exigente; y en ese ascenso, lo que había quedado rezagado era el vínculo afectivo con los suyos. Su retorno al Perú no respondía al turismo, sino a una necesidad urgente de suspender, siquiera momentáneamente, el peso de esa distancia y el silencio lapidario de sus padres.

La complicidad que forjamos en la barra reclamó, por pura gravedad, un escenario de absoluta intimidad. La transacción, realizada por ella, fue un acto fantasma, un trámite despachado con prisa, como si la moralidad hubiese sido abolida y el encuentro ya latiera consumado en nuestras cabezas. El ascenso en la estrechez del ascensor disolvió el diálogo por completo. Allí, un roce casi inadvertido de nuestras manos dictó la nueva dinámica. Con calculada parsimonia, me situé a sus espaldas extinguiendo el escaso aire que nos separaba hasta que la firmeza de mi contorno halló un encaje perfecto en la cálida curvatura de su dorso. Aquella proximidad, con una fricción acompasada y silenciosa, cargaba el espacio de una electricidad insoportable. El trayecto se consumió en esa quietud febril, alcanzando un clímax prematuro cuando me incliné para sellar el instante con un beso solemne y profundo justo antes de que se abrieran las puertas. Así, despojados de la necesidad de hablar, cruzamos el umbral de la sexta planta.

Ingresamos a la habitación y el golpe sordo y pesado de la puerta al cerrarse fue el punto final de la razón. Las palabras cedieron su lugar a un dialecto mucho más antiguo y genuino. A la luz mortecina que lograba colarse por los ventanales, admiré la arquitectura exacta de su cuerpo; una simetría solemne que me fue revelando conforme la ropa caía, formando un desorden precipitado sobre el suelo. Sus manos, que durante toda la velada habían exhibido una compostura aristocrática, de pronto olvidaron sus modales. Se volvieron voraces, puramente instintivas, ciñendo el mástil que dictaba la dirección de mi deseo con una urgencia que no admitía pausas. No hicieron falta promesas vacías ni declaraciones rimbombantes.

La arquitectura de nuestros cuerpos, otrora delimitada por contornos individuales, colapsó para erigir una sola entidad convulsa. El ritmo, iniciado como una exploración táctil, se encrespó hasta alcanzar una cadencia frenética e imperiosa. Mis manos atenazaron la curvatura de sus caderas por ambos flancos con una firmeza posesiva, anclando su figura al oleaje incesante de mis movimientos. El aire del recinto se volvió denso, casi sólido, saturado por el calor y el aroma almizclado de nuestra fricción. Ella arqueaba el dorso, ofreciendo la línea de su cuello al escrutinio de mis labios, mientras sus dedos se aferraban a mi espalda como un náufrago se aferra a la orilla. Cada espasmo, cada contracción involuntaria de su anatomía, operaba como una brújula en medio del delirio, dictando la insondable profundidad de un trayecto que nos empujaba al límite de la resistencia física. Fue una ascensión ciega,

un vértigo donde la cordura se disolvió por completo, dejándonos a merced de un paroxismo brutal y exquisito. Con la cadencia ciega que dicta el deseo, hundía mi torso con su libertad, inaugurando compases de corcheas que le fueron arrancando murmullos ahogados. Esos sonidos suaves, ecos de una pasión superlativa terminaron por inundar el silencio de la alcoba, sellando un vínculo que carecía de nombre pero desbordaba autenticidad.

Tras aquel lance y, como ocurre tras toda tensión llevada al límite de su resistencia, el fragor cedió sin extinguirse del todo, instaurando una calma distinta, densa y habitada. Quedamos como dos presencias aún próximas, reconstruyendo nuestra propia arquitectura en el silencio de la alcoba, como si aquella tregua, íntima y efímera, bastara para justificar la vorágine que nos había consumido. Sus piernas aún desnudas y con un ligero temblar, dieron el permiso necesario para prescindir de las promesas fútiles. Tan solo nos abrigó la certeza irrefutable de haber hallado, en la latitud del otro, una forma absoluta y profundamente humana de reposo.

Desperté arrullado por el rumor sordo de los vehículos que ya transitaban en la distancia. A mi lado, su cuerpo aún desnudo reposaba envuelto a medias por la blancura de las sábanas. Su brazo, de piel suave, descansaba pesadamente sobre mi pecho, anclándome a la cama mientras lidiaba con la apremiante urgencia biológica de ir al baño, debatiéndome en la encrucijada de cómo incorporarme sin quebrar su sueño. Alargué la mano hasta alcanzar el teléfono en la mesa de noche. Eran las 7:22 de la mañana. Mi mente aún pugnaba por asimilar la vorágine de lo que había acontecido. Con un movimiento sutil la saqué de su letargo y, como si fuera protocolo, me obsequió un beso.

—Buenos días —murmuró con una dulzura inusitada—, ¿Qué hora es?

—No creo que la hora tenga relevancia ahora. Bajemos a desayunar. —respondí.

Me deslicé fuera del lecho con sigilo y me dirigí al cuarto de baño. Me tomé un instante para contactar al señor Julio, quien me confirmó que estaría a mi disposición en un par de horas. Entré a la ducha. Al abrir el grifo y dejar que el agua fría me recorriera la piel, el silencio me asaltó con reflexiones. Habíamos actuado en pleno uso de nuestras facultades; sin embargo, por primera vez me embargó el pavor de convertirme en un sujeto efímero, atrapado en una circunstancia fugaz junto a una mujer igualmente transitoria. El fragor de aquella cavilación ociosa me abstrajo momentáneamente de la realidad, hasta que el tacto tibio de una mano sobre mi espalda me trajo de vuelta. Allí estaba ella. Me observaba con aquellos ojos inmensos de mirada indulgente, exhibiendo una desnudez que, en mi ingenuidad, creía haber descifrado por completo la noche anterior.

El agua trazaba senderos sobre su piel humedecida, volviéndola resbaladiza y perfecta bajo el resplandor de la luz blanca. Sin mediar palabra, acortó la distancia y entrelazó sus brazos en mi cuello. El contacto de nuestros cuerpos mojados encendió una urgencia más primitiva, ahogando cualquier reflexión en el cubículo. Fue un encuentro distinto al de la madrugada, más pausado, hondo, desprovisto de prisa pero cargado de una intensidad visceral. Cada caricia bajo el torrente frío parecía borrar los límites entre nosotros, fusionándonos en un vaivén profundo que resonaba contra las baldosas, ahogado apenas por el repique constante

de la ducha. Cuando el agua dejó de correr, con una sonrisa pícara que me cautivó, se adueñó de las dos toallas grandes, dejándome al aire.

Nos vestimos en silencio y abandonamos la habitación. Mientras ella solventaba los trámites en la recepción, aguardé en el exterior, observando la calle. Caminamos a la deriva hasta dar con un pequeño café. Sorprendentemente, la conversación mantuvo esa ligereza excepcional, envuelta en una naturalidad que parecía marginar lo que había acontecido sin plan alguno. Como si fuera una revelación divina, decidí ejecutar una maniobra que juzgué fue más que sagaz. Me excusé para ir al tocador y, desde allí, le indiqué al señor Julio que se aproximara a nuestras inmediaciones, que hiciera como si no me conociera y que solo se limite a abordar a la pasajera que le llevaría.

Al salir del establecimiento junto a Esmeralda, divisé el vehículo y, fingiendo que se trataba de un taxi cualquiera, lo detuve para pedirle al conductor que la llevara a su destino. Antes de abordar, me regaló un beso que se extendió mucho más allá de las convenciones de una simple despedida, dejándome el aliento suspendido.

Mientras el auto se perdía en la avenida, me descubrí albergando una felicidad extraña, casi intrusa en mi pecho. Me embargaba, a la par, la incredulidad punzante de haber logrado que cada pieza de aquella noche encajara con tan milimétrica perfección temiendo que el encanto se rompiera al amanecer. Había sido un paréntesis impecable, pero el sabor de sus labios me había dejado una condena ineludible.

Yo que solo fui una noche, quise ser su vida.

(…)

Mi incursión en la espesura de la Amazonía peruana había concluido con un éxito rotundo. Durante aquellos cinco días de aislamiento, me sumergí en la dinámica de las comunidades ribereñas, asimilando sus carencias y su cosmovisión, y fui testigo de una biodiversidad avasalladora que desafiaba por completo el paisaje árido al que estoy habituado. Había surcado las aguas del Amazonas, el Nanay y el Yanayacu con una constancia casi litúrgica, deleitándome en los excesos de la gastronomía local y sometiéndome, inevitablemente, al rigor de la ayahuasca; vivencias de una densidad tal que, sin duda alguna, exigen ser desgranadas en un escrito aparte.

De vuelta en el asfalto de Iquitos, tras esa prolongada ausencia citadina, me asaltó la disyuntiva de dónde pernoctar mis dos últimas noches. A mi lado se encontraba Meredith, una de las amistades fortuitas que la selva me había obsequiado durante la expedición y cuyo vuelo de retorno estaba programado para la mañana siguiente. Caminamos por el Malecón Tarapacá hasta encontrar refugio en un modesto café.

—Su juguito de camu camu, cecina para picar y su humarí, pues —anunció el mozo, depositando los platos sobre la mesa con diligencia.

—Maestro, tengo una consulta. ¿Qué hoteles nos recomienda para hospedarnos aquí, en pleno centro? —inquirí.

—¡Claro, joven, di! —respondió, marcando ese inconfundible y cantarín acento charapa. —Acá cerquita no más tiene, pues, el Hotel de Turistas, el Hilton o El Cauchero, que son los más paraditos, di. Ya "después cito" tiene otros como El Dorado Inn o el Puerto Requena.

—¿Alguno que sea particularmente céntrico y quede a poca distancia de los museos? —insistí, buscando optimizar la logística.

—¡El Hilton, pues, joven! Ese está en la mismísima Plaza de Armas, y pa' remate le ponen movilidad gratis hasta el aeropuerto, di —añadió con una sonrisa amplia y servicial.

"Hilton". No es un vocablo que frecuente en mi cotidianidad. Acaso por ello, el simple hecho de escucharlo pronunciado con tanta espontaneidad operó como un resorte, arrastrándome en una fracción de segundo hacia el eco pasado de aquella experiencia limeña. Meredith se encargó de gestionar la reserva y dimos cuenta del almuerzo con inusitada prisa.

Ya en el hotel, durante el proceso de registro, reparé en un detalle que terminó por desarmar mi resistencia. Constaté que la decoración, la sobriedad de los pasillos y la iluminación eran una réplica casi exacta del recinto que había conocido en Lima. El aluvión de recuerdos se volvió incontenible. Le pedí a Meredith que se adelantara a la habitación, pretextando una gestión pendiente y me quedé anclado en la zona de recepción. Allí, abrumado por la arquitectura del pasado, comencé a redactar el primer boceto visceral de esta historia; un manuscrito que, a pesar de haber transcurrido ya un mes desde aquella tarde, aún me debato por concluir.

(…)

Días después comprendí que existía una consecuencia silenciosa de aquella madrugada que ninguno de los dos había previsto. Nunca intercambiamos nuestros números. Resultaba extraño descubrirlo con la distancia suficiente para pensarlo; habíamos compartido conversaciones que reclamaron una intimidad mucho más antigua y, sin embargo, olvidamos el gesto más elemental para volver a encontrarnos. Durante varios días me debatí entre dos explicaciones igualmente verosímiles. La primera, la que mi esperanza defendía con una obstinación casi infantil, era que aquello no había sido un descuido. Tal vez ella también esperaba que, si de verdad quería volver a verla, encontrara la manera de hacerlo. Tal vez había dejado deliberadamente una puerta entreabierta, convencida de que algunas personas solo merecen llegar cuando deciden buscar. La otra posibilidad era infinitamente más sencilla y, precisamente por eso, mucho más difícil de aceptar; tal vez aquella noche terminó exactamente donde debía terminar, sin promesas, sin expectativas y sin ninguna intención de prolongarse más allá del amanecer.

No conocía sus intenciones. Ni siquiera estaba seguro de haber comprendido correctamente la naturaleza de aquella dulzura con la que me había mirado durante horas. A veces me convencía de que había descubierto algo irrepetible en sus ojos, una serenidad capaz de hacerme bajar la guardia con una facilidad que jamás había experimentado. Otras veces sospechaba que aquella ternura no me pertenecía en absoluto, que quizá solo había sido la forma delicada que tenía de compadecer a un desconocido y que era yo quien, llevado por el

deseo, había confundido su lástima con ternura. La incertidumbre terminó por volverse más pesada que cualquier respuesta así que llamé al señor Julio. Contestó con el entusiasmo inalterable de siempre y, antes de que pudiera decirle a qué se debía mi llamada, dejó escapar una risa satisfecha.

—¡Willy! Te felicito —dijo gritando con esa voz tosca y carrasposa—. La chica que conociste es muy bonita ¿Por qué no me consigues una a mí también?

Respondí con otra risa, breve, más cercana a la cortesía que a la alegría. Dejé que agotara sus bromas y, cuando el silencio encontró por fin un lugar entre ambos, le supliqué me diga dónde la dejó aquella mañana. Me dio una dirección aproximada y algunas referencias. Le agradecí e indiqué que me recogiera. Iría a verla. Permanecí un largo rato con el celular aún en la mano pues todavía podía convencerme de no ir. Todavía podía aceptar que algunas historias encuentran su forma definitiva precisamente cuando nadie intenta continuarlas, sin embargo no lo hice. El señor Julio llegó con la puntualidad a la que me tenía acostumbrado, zigzagueó entre las calles hasta llegar al punto que recordaba. Me encontré entonces con el corazón en la mano frente a su edificio, llevado por una convicción que se parecía demasiado a la esperanza para ser completamente racional. Entré al recinto. El lugar denotaba un aire minimalista pero atractivo, luces blancas de reflexión baja y plantas que complementaban de forma correcta la decoración del ambiente. Caminé hacia el recepcionista con la mejor cara que podía mostrar o con la única que no podía ocultar.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarlo? — preguntó con una amabilidad que no esperaba.

Le expliqué que buscaba a Esmeralda. Su siguiente pregunta fue cuál era su apellido. La vergüenza me golpeó de inmediato. No lo conocía. Tampoco sabía el número del departamento ni el piso donde vivía. Había llegado hasta allí convencido de que un nombre bastaría para encontrarla y, frente a aquel hombre, comprendí lo ingenuo de mi plan. Al notar mi silencio, me pidió alguna otra referencia.

—Es extranjera. — respondí finalmente con timidez.

El recepcionista hizo memoria apenas un instante y sonrió.

—¡Ah! La señorita alta que vino hace poco. ¿Quién le digo que la está buscando? — preguntó animado.

—Andrés, dígale que la busca Andrés.

Mientras marcaba, no pude evitar preguntarme cómo era posible que estuviera dispuesto a ayudarme con tanta naturalidad. Yo no era más que un desconocido que acababa de entrar preguntando por una mujer cuyo apellido ignoraba por completo. Aun así, decidió ayudarme. Tuve la extraña sensación de que el destino acababa de concederme una pequeña tregua.

—¿Andrés? — Pronunció el nombre que le había proporcionado aquella noche con una sorpresa tan limpia que, por un instante, toda la inseguridad con la que había llegado hasta el condominio perdió sentido. Sonreí sin proponérmelo. Llevaba varios minutos ensayando

alguna explicación razonable para justificar aquella visita y, sin embargo, en cuanto escuché su voz comprendí que ninguna iba a servir.

—Estaba lloviendo y no tenía donde ir. —inquirí de forma torpe mientras mentalmente me golpeaba la frente por lo que acababa de decir.

Del otro lado no hubo una contestación inmediata más bien un silencio breve, apenas unos segundos, pero me bastaron para imaginar todos los desenlaces posibles. Pensé que me diría, con la amabilidad suficiente para no herirme, que era tarde, que quizá otro día; que había sido un gusto conocerme. Incluso alcancé a arrepentirme de haber ido.

—Creí que no vendrías —dijo al son de una risa tierna casi juguetona e hizo una pausa. — Sube, 915.

Hice un gesto magistral al encargado de recepción mientras me indicaba como llegar a los ascensores. Cuando las puertas se cerraron, levanté la mirada hacia el reflejo metálico y me encontré frente a un sujeto a quien el amor, si no había decidido flagelar cáusticamente, al menos sí había ignorado con una constancia admirable desde hace años. No tenía el aspecto de un hombre derrotado; más bien, el de alguien que, hacía ya mucho tiempo, había enterrado toda expectativa de ser elegido.

El sonido característico del ascensor indicaba que me encontraba en el piso correcto, crucé las puertas hacia un pasillo de delicada decoración surcando entre puertas de caoba con números encima. Toqué la puerta donde estaba el número previamente dictado y cuando abrió la puerta entendí que la mujer que tenía delante no era exactamente la misma que había conocido en el Hilton. Llevaba un enterizo negro cuya tela caía dibujando su silueta divina, estaba descalza y sostenía una lata de gaseosa. El cabello reposaba al son de un orden caótico sobre sus hombros, como si hubiera pasado varias veces los dedos intentando peinarse antes de resignarse a dejarlo así. No llevaba maquillaje ni tampoco parecía interesarle pero aun así, se veía increíblemente hermosa. Había en aquella imagen una intimidad involuntaria que me hizo bajar la mirada por un instante, como si hubiese llegado unos minutos antes de la hora acordada. En el Hilton me había parecido una mujer imposible de olvidar, allí, de pie frente a la puerta de su departamento, me pareció alguien a quien uno podía querer, a quien uno podía amar. Nunca había pensado que esas dos cosas fueran distintas hasta esa noche. Ella también me observó unos segundos antes de hacerse a un lado.

—De verdad no puedo creer que hayas venido. — dijo.

Su voz no sonaba molesta ni tampoco sorprendida. Había en ella una curiosidad serena, como si todavía intentara comprender qué clase de persona decide aparecer sin previo aviso en la puerta de alguien a quien apenas conoce. Me encogí de hombros.

—Yo tampoco lo creía. Estuve a punto de irme varias veces hasta que dijiste "sube".

Sonrió levantando la mirada para luego tenerme en sus ojos tiernos.

—Entonces hice bien en decirlo. Pasa.

Entré al departamento sintiendo que acababa de dejar algo atrás, aunque todavía no supiera exactamente qué era. La morada respiraba el fragante aroma de una vela de vainilla que ardía sobre un mueble junto al ventanal. Había libros abiertos sobre la mesa de centro, música sonando tan baja que parecía más un recuerdo que una canción y una tranquilidad difícil de encontrar en Lima. Todo tenía el desorden mínimo de un lugar habitado, ese desorden que no incomoda porque habla de alguien que vive allí y no de alguien que espera visitas. Pidió comida sin preguntarme qué quería comer. Admito que esa noche habría aceptado incluso el silencio si ella hubiera decidido ofrecérmelo. Mientras esperábamos el pedido tomó mi mano llevándome hacia el balcón. La conversación comenzó con cautela, todavía arrastrando la formalidad del Hilton, pero poco a poco fue perdiendo esa necesidad de impresionar al otro. Solo era cuestión de dejarme llevar como el viento por las cosas que pasan.

Me habló de los años que había pasado fuera del país. Decía que, después de mucho tiempo, uno termina aprendiendo el idioma, las costumbres, la historia y hasta los silencios de otro lugar. Que llega un momento en que deja de traducir mentalmente las conversaciones, entiende los chistes locales y hasta desarrolla pequeñas rutinas que un día le habrían parecido completamente ajenas. Sin darse cuenta, el extranjero empieza a parecerse un poco más a quienes siempre estuvieron ahí. Sin embargo, existía una trampa de la que casi nadie hablaba. Uno puede acostumbrarse a otro país, incluso llegar a quererlo, pero nunca deja de sentirse ligeramente visitante. Siempre hay un acento que lo delata, una expresión que no comprende del todo o una nostalgia que aparece sin permiso al oler una comida o escuchar una canción.

Hizo una pausa mientras, de una forma que yo intuí como tentativa, se acomodó el enterizo negro.

—Lo más raro es volver —dijo sonriendo con cierta melancolía—. Porque uno cree que regresa a su país y descubre que es el mismo que también aprendió a vivir sin uno.

A pesar de nunca haber salido del país por largo tiempo, entendí lo que trataba de decirme. En contraste a su pesar, le hablé de una vida mucho más sencilla en apariencia. Le conté de Lima, de la universidad y de esa rutina caótica que, hasta antes de conocerla, había confundido con el centro mismo de mi existencia. Le hablé de la música, de los amigos que fui encontrando en cada etapa, del trabajo, de aquella fugaz incursión en la vida militar y de los incontables círculos en los que, casi sin advertirlo, terminé repartiendo mis días. Siempre había una clase por atender, un ensayo que preparar, un café improvisado, una conversación pendiente o algún compromiso reclamando mi presencia. Mi existencia transcurría en una vorágine tan constante que terminé persuadiéndome de que el movimiento era una forma de plenitud y la ocupación un indicio inequívoco de una vida bien vivida.

(…)

Hay una clase de naufragio que no conoce el estrépito ni la tragedia. Acontece con una discreción casi impecable, cuando la costumbre comienza a erosionar el asombro y los días adquieren una cadencia tan dócil que dejan de exigir nuestra presencia. Entonces uno ya no vive el tiempo, apenas comparece ante él. Cumple, responde, resuelve y continúa, mientras la existencia prosigue su marcha con la puntualidad de un viejo mecanismo que hace mucho

dejó de necesitar nuestra voluntad. No sé en qué momento olvidé aquellas palabras de aquel cantautor guatemalteco, a quien durante años escuché con una devoción casi religiosa, cuando advertía que la costumbre es el postre en el menú de los suicidas. Durante mucho tiempo pensé que era apenas una licencia poética pero hoy sospecho que describía con inquietante precisión esa forma silenciosa de desaparecer sin que nadie llegue a notarlo.

Con los años terminé aprendiendo que la vida, en un acto de misericordia que todavía no alcanzo a comprender del todo, concede de vez en cuando un breve paréntesis. No para alterar el rumbo de las cosas, sino para interrumpir esa inercia con la delicadeza de quien nos toma del brazo y nos obliga a detenernos un instante. Son momentos que no cambian el mundo, pero sí la manera en que lo contemplamos. Instantes en los que el tiempo recupera espesor, el bullicio deja de imponerse y la existencia, despojada por un momento de toda premura, vuelve a revelarse con una claridad que creíamos definitivamente perdida.

Para mí, aquel paréntesis llevaba su nombre. No irrumpió en mi vida con el estruendo de las grandes revelaciones, sino con la serena naturalidad de aquello que siempre había hecho falta sin que yo alcanzara a advertir su ausencia. Sin proponérselo, restituyó a mis días una hondura que ignoraba haber perdido. Fue ella quien me hizo comprender que una vida puede estar colmada de acontecimientos y, aun así, carecer de verdadera presencia. Me devolvió el gusto por demorarse en las pequeñas cosas, por concederle unos segundos más a una conversación, a un silencio compartido, a una mirada que no tenía prisa por marcharse. Ella no transformó el mundo que yo habitaba. Transformó la forma en que empecé a habitarlo.

(…)

La llovizna descendía con esa delicadeza casi invisible que solo Lima parece conocer. Ninguno hacía el intento de regresar adentro pues instalamos una química tan peligrosa como inaudita en aquel noveno piso. Cuando el silencio por fin pudo instalar algo de calma entre nosotros, ella volvió a acomodarse sobre la baranda y permaneció varios minutos observando las luces dispersas de la calle. Yo preferí mirar el perfil de su rostro antes que la ciudad.

—Extrañaba esto. —dijo finalmente.

—¿La llovizna limeña? — Levanté la vista hacia la noche oscura.

—También. —respondió después de un momento—. Pero creo que también te extrañaba a ti.

No contesté. Sentí que cualquier frase habría reducido aquellas palabras a algo demasiado pequeño.

En algún momento me aparté del balcón y regresé al interior del departamento. Mientras ella terminaba de ordenar unas cosas, la curiosidad me llevó hasta la mesa de la sala. Había varios libros abiertos, algunas impresiones en inglés llenas de anotaciones que, según me explicó después, pertenecían a su trabajo y una laptop que permanecía encendida. No tuve demasiado tiempo para seguir inspeccionando. Sentí sus brazos rodeándome por la espalda y, apoyando el mentón sobre mi hombro, me preguntó si quería conocer la Lima que ella había conocido años atrás. Asentí sin pensarlo. Durante varios minutos recorrimos fotografías de calles,

edificios y parques que el tiempo había transformado casi por completo. Me sorprendía comparar aquellas imágenes con la ciudad que se extendía detrás de los ventanales, como si ambas Limas coexistieran por unos instantes frente a nosotros.

La comida llegó poco después. Terminamos cenando en el piso porque la mesa seguía ocupada por libros y papeles, mientras la laptop continuaba mostrándonos fotografías que, de cuando en cuando, reclamaban nuevamente nuestra atención. Cuando terminamos de comer, pedimos algo para tomar. Ella tomó el control del televisor y comenzó a reproducir algunas canciones de rock, un género con el que, hasta ese momento, apenas tenía familiaridad. La música terminó adueñándose del departamento. Entre una canción y otra seguimos hablando de cualquier cosa, aunque, sin advertirlo, las palabras habían comenzado a ceder discretamente su lugar a una cercanía mucho más elocuente. No recuerdo el instante preciso en que Esmeralda terminó apoyando la cabeza sobre mi hombro.

El beso llegó con la misma naturalidad con la que había transcurrido la bohemia. Primero fue lento, casi inseguro, como si ambos quisiéramos asegurarnos de que el otro también estaba sintiendo lo mismo de nuevo. Toda duda que pudo haber hasta ese momento se disipó en el contraste entre el aire frío que entraba desde el balcón y el calor de su cuerpo aferrándose al mío mientras la lluvia seguía cayendo, indiferente, sobre una ciudad que continuaba exactamente igual aunque para nosotros acabara de cambiarlo todo.

Aquella noche volvimos a conjugar nuestros cuerpos, pero por primera vez sentí que el deseo ya no era el protagonista. Seguía ahí, por supuesto, aunque ahora convivía con algo mucho más difícil de explicar. Hasta ese momento creí que la frase “tuve sexo mil veces pero nunca hice el amor”, era una exageración escrita por alguien demasiado romántico, pero esa madrugada dejó de parecerme una desmesura para convertirse en una realidad. Comprendí que hacer el amor no tenía que ver con el cuerpo, sino con todo lo que ocurría cuando el deseo terminaba y ninguno de los dos sentía la necesidad de irse. El amor no había sido lo que nos llevó a la cama, fue quedarse despiertos después, alargando la noche con conversaciones que no tenían un propósito concreto, hablando de cualquier cosa solo para retrasar el momento de dormir. Nos contábamos recuerdos, hacíamos preguntas que quizá nunca habríamos hecho durante el día y llenábamos los silencios con palabras innecesarias, porque en realidad no queríamos que aquella noche terminara. Tal vez el amor estaba justamente ahí, en esa necesidad sencilla de permanecer un poco más cerca del otro cuando ya no había nada que esperar, cuando el deseo había quedado atrás y lo único que importaba era seguir compartiendo el mismo espacio, la misma quietud y unas horas más antes de volver cada uno a su propia vida.

Algo que, posterior a aquella etapa de mi vida, no he vuelto a experimentar.

Las semanas siguientes dejaron de medirse por los días y comenzaron a ordenarse en torno a una sola expectativa, vernos y mitigar al menos por breves instantes la vorágine de situaciones que solíamos llamar vida. Bastaba un mensaje para que alguno de los dos encontrara cualquier pretexto con tal de atravesar media Lima y prolongar nuestra compañía.

Había tardes en que Esmeralda aparecía a la salida de la universidad con dos cafés entre las manos y una sonrisa capaz de disipar cualquier vestigio de cansancio. Otras veces simplemente nos subíamos al auto que alquilaba y comenzábamos a recorrer los distritos limeños sin haber establecido un destino. Ella escogía la música y ahí aparecía una de nuestras pequeñas contradicciones. Yo nunca había sido particularmente afín al rock. Mi sensibilidad musical estaba mucho más vinculada a las baladas, a la música latinoamericana y a aquellas canciones que había descubierto gracias a los amigos de la universidad. Sin embargo, por ella escuchaba Soda Stereo, Oasis, The Cranberries y otras bandas que hasta entonces habían sido ajenas a mi universo. No era una impostura, sino una forma de acercarme a aquello que ella amaba.

Aquella divergencia musical era apenas el reflejo de otras diferencias entre nosotros. Esmeralda se desenvolvía con naturalidad en ambientes que para mí todavía resultaban distantes. Disfrutaba de ciertas comodidades y de un estilo de vida que yo apenas comenzaba a conocer, mientras yo todavía me encontraba en pleno proceso de forjarme, con más interrogantes que certezas y tratando de vislumbrar la persona que algún día quería llegar a ser. Sin embargo, jamás me hizo sentir inferior frente a su mundo. Nunca tuve que avergonzarme de lo que todavía no poseía ni fingir una vida que no me pertenecía. Por el contrario, depositaba en mí una confianza que, a veces, parecía exceder la que yo mismo era capaz de concederme. Cuando yo reparaba en mis carencias, ella parecía reparar en mis posibilidades. Su confianza no me hacía sentir pequeño, sino capaz de construir mi propio camino.

Una noche adquirimos una pequeña botella de etiqueta azul en un minimarket de la Costa Verde y emprendimos una caminata junto al mar. Esmeralda llevaba consigo aquella peculiar costumbre que, con el tiempo, había terminado convirtiéndose en una suerte de ritual exclusivamente nuestro. Sacaba su vaso térmico, depositaba unos cubos de hielo y allí mismo mezclaba la bebida, sin vasos adicionales ni mayores artificios, con esa espontaneidad suya que convertía cualquier gesto cotidiano en una ceremonia íntima. Vestía un impecable vestido corto, particularmente llamativo bajo las luces dispersas de la costa, cuya elegancia me suscitaba una ternura inefable. Caminaba enlazada a mi brazo mientras avanzábamos descalzos sobre la superficie húmeda, porque sentirla bajo los pies le procuraba una placidez que parecía restituirle la calma. Las olas rompían a escasa distancia y acompasaban nuestro andar con su rumor profundo mientras la brisa marina desordenaba su cabello.

En medio de aquella caminata comencé a tararear, casi distraídamente, *Piel de ángel*, de Camilo Sesto. Esmeralda me escuchó durante unos instantes y giró hacia mí con una expresión de indulgencia burlona, como si hubiera descubierto en aquella elección musical una faceta particularmente melodramática de mi carácter.

—No seas exagerado —dijo envuelta en un tono sensual y tierno.

—Solo decía. Nunca había tenido una relación de este tipo, oculto, al menos no de esta manera ni bajo estas circunstancias. —Hubo un breve silencio. Esmeralda sostuvo mi mirada y, por un instante, la ligereza anterior pareció disiparse de sus facciones.

—Pues espero que te acostumbres, porque esto se está volviendo tan hermoso como peligroso. —La observé con una mezcla de curiosidad y cautela, intentando discernir cuánto había de ironía y cuánto de confesión en sus palabras.

—¿Lo dices por ti o por mí? —inquirí.

No respondió. En lugar de hacerlo, permaneció frente a mí y dejó que su mirada se demorara en la mía con una ternura penetrante, casi hipnótica. Había algo en aquellos ojos que me desarmaba antes de que ella pronunciara una sola palabra; durante esos segundos previos al beso inminente sentí que quedaba sometido a una liturgia silenciosa de la que no deseaba sustraerme. Era, de algún modo, un prisionero dócil y desconcertado, despojado de toda voluntad que no consistiera en permanecer allí, frente a ella, enteramente disponible para aquel instante. Mi pensamiento se había reducido a una sola certeza, la de querer pertenecerle, aunque fuera únicamente durante el breve intervalo en que su mirada parecía reclamarme por completo.

Me besó y cuando la abracé, experimenté una sensación que hasta entonces me había sido ajena, como si su cuerpo hubiera encontrado en el mío una correspondencia largamente postergada. Aquel abrazo no se sintió transitorio, sino extrañamente definitivo, como si hubiese suspendido por un momento todo aquello que existía fuera de nosotros. Había en él una mansedumbre, una plenitud y un sosiego que no encontraba desde hacía años, una forma de amparo tan íntima que por un instante dejó de importarme cuánto pudiera durar. Permanecimos así frente al océano, mientras las olas continuaban deshaciéndose contra la costa y el viento seguía atravesándonos, y comprendí que aquella paz, tan improbable como inesperada, era precisamente una de las cosas que más había hecho falta sin saberlo.

De manera gradual, fuimos descubriendo pequeños restaurantes ocultos en la ciudad, con las mesas dispuestas tan próximas que cualquier conversación ajena terminaba filtrándose en la nuestra, cafeterías que prolongaban su atención hasta la madrugada y bares casi desiertos donde la música conservaba la suficiente mesura como para permitir que las palabras prevalecieran. Eran establecimientos discretos, apartados de los circuitos más concurridos y rara vez consignados en las recomendaciones habituales, y quizá precisamente por ello terminaron adquiriendo para nosotros un encanto singular. Teníamos la impresión, casi pueril, de haber desenterrado pequeños territorios que la ciudad mantenía a resguardo, como si aquellos lugares constituyeran un secreto compartido entre nosotros y un puñado de desconocidos que, sin saberlo, participaban de la misma clandestinidad.

Uno de mis predilectos era un diminuto restaurante japonés escondido en una calle secundaria de Miraflores. No porque el sushi me pareciera extraordinario, quienes me conocen saben que detesto su sabor, sino porque aquella noche Esmeralda decidió que había llegado el momento de iniciarme en el uso correcto de los palillos. Lo anunció con una solemnidad desproporcionada, como si estuviera a punto de transmitirme un conocimiento ancestral y no, simplemente, a enseñarme a sostener dos piezas de madera. La primera terminó inevitablemente sobre el plato; la segunda cayó dentro del recipiente de sillao y levantó una salpicadura de una precisión casi ofensiva. La tercera ni siquiera mereció explicación. Esmeralda dejó los palillos, me observó durante unos instantes en un esfuerzo cada vez más

infructuoso por conservar la compostura y, finalmente, sucumbió a una carcajada tan franca que incluso el cocinero, desde la barra, levantó la mirada para averiguar qué clase de espectáculo estaba ocurriendo.

—No puedo creer que los sostengas así —dijo cuando consiguió recuperar el aliento.

La miré con la poca dignidad que todavía me quedaba.

—Prefiero pensar que estoy desarrollando una técnica innovadora.

Negó lentamente con la cabeza, todavía divertida.

Aquella noche terminé pidiendo un tenedor. Lo curioso es que aquella pequeña derrota terminó convirtiéndose en una de nuestras anécdotas predilectas. Durante mucho tiempo, cada vez que pasábamos frente a un restaurante japonés, bastaba una mirada fugaz para que ambos evocáramos aquella escena y comenzáramos a reír sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

Otra noche Esmeralda propuso llevarme a un rooftop en San Isidro. Debo admitir que, para aquella ocasión, me esmeré más de lo habitual al vestirme. Elegí cada prenda con una atención que normalmente no concedía ni concedo ni concederé a esas cosas, procurando que el resultado conservara mi personalidad sin parecer una impostura. Cuando terminé de arreglarme, incluso yo tuve que reconocer que el esfuerzo había rendido sus frutos. Esmeralda me contempló unos segundos frente al espejo y dejó escapar una sonrisa satisfecha antes de acercarse para ajustar discretamente un detalle de mi atuendo.

El lugar pertenecía a un universo al que todavía no estaba habituado. Había ejecutivos impecablemente ataviados, conversaciones vinculadas con negocios e inversiones y una atmósfera deliberadamente sofisticada, concebida para hacer evidente que aquel no era un espacio cualquiera. Sin embargo, lejos de intimidarme, todo aquello despertó en mí una curiosidad serena.

En determinado momento, uno de los ejecutivos que se encontraba cerca de nosotros se incorporó a la conversación y comenzó a preguntarme por mis estudios, mis proyectos y la dirección que pretendía darle a los próximos años. Lo que inicialmente parecía una conversación circunstancial fue adquiriendo un matiz casi evaluativo, como si intentara discernir, detrás de mis respuestas, cuánto había de convicción y cuánto de simple entusiasmo juvenil. Lejos de intimidarme, aquella atención terminó resultándome estimulante. Respondí con soltura, desarrollé mis ideas con precisión y sostuve la conversación con una seguridad que no necesitaba ser impostada. Hablé de mis proyectos, de lo que esperaba alcanzar y de aquello que todavía me encontraba construyendo, sin exagerar mis méritos ni minimizar mis aspiraciones. En ningún momento sentí la necesidad de equipararme a él; sencillamente me situé en el lugar que me correspondía y hablé desde lo que conocía y desde lo que aspiraba a llegar a ser. La conversación se prolongó mucho más de lo previsto y, cuando finalmente se despidió, estrechó mi mano con una expresión de respeto que dejó bastante claro que no me había percibido como el joven que simplemente acompañaba a Esmeralda aquella noche.

Ella había escuchado la conversación en silencio. Cuando volvimos a quedarnos solos, se volvió hacia mí con una expresión que mezclaba orgullo y diversión.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —preguntó abrazando mi brazo y mirándome de costado.

—¿Qué cosa?

—Que no te dejas intimidar. Eres auténtico. Sabes lo que vales y sabes, todavía más, lo que vas a llegar a ser.

Sus palabras me sorprendieron más de lo que dejé entrever. Intenté disimularlo con una sonrisa. Pero la ironía no alcanzaba a ocultar lo que había detrás. No se trataba de arrogancia ni de una confianza impostada, sino de cierta firmeza interior, de esa rara capacidad de reconocer las propias limitaciones sin sentirse disminuido por ellas y, al mismo tiempo, conservar la convicción de que todavía quedaba mucho por conquistar. Esmeralda parecía sentirse atraída por ese contraste, por la tranquilidad con la que podía ocupar mi lugar incluso en ambientes que me eran ajenos, sin pedir aprobación ni necesidad de demostrarle a nadie que merecía estar allí.

También empezamos a inventarnos viajes que jamás llegaron a realizarse. Una madrugada llevábamos tantas horas despiertos que ya resultaba difícil discernir si continuábamos desvelados o si, de alguna manera, habíamos inaugurado un día nuevo. La única claridad del departamento provenía de la pantalla de su laptop, suspendida entre los dos sobre la cama.

No recuerdo quién pronunció primero el nombre de la selva central. Solo sé que, poco después, estábamos completamente absortos recorriendo videos de Oxapampa y Chanchamayo, siguiendo con el cursor carreteras ceñidas por la neblina, cafeterías de madera ocultas entre la vegetación y pequeños hospedajes con chimenea en los que jurábamos que algún día pasaríamos un fin de semana entero, sin atender llamadas ni responder un solo mensaje. Esmeralda comenzó la búsqueda y comenzó a señalar lugares con una concentración casi meticulosa, como si el viaje estuviera previsto para la semana siguiente.

Durante horas fuimos delineando una travesía que, en realidad, no existía. Elegimos hospedajes, discutimos qué ruta nos convenía tomar, buscamos cafeterías donde desayunar y miradores absurdamente específicos desde los que, según Esmeralda, el amanecer debía contemplarse de una manera extraordinaria. Incluso confeccionamos una lista de canciones para el trayecto, como si bastara con organizar minuciosamente un sueño para concederle alguna posibilidad de convertirse en realidad. La madrugada avanzó mientras seguíamos imaginando aquel pequeño universo que habíamos construido para nosotros, hasta que el sueño terminó por imponerse y nos encontró todavía riendo.

Nunca hicimos ese viaje. Siempre surgía algo que parecía más apremiante, un examen, una entrega, el trabajo, horarios incompatibles o cualquiera de esas obligaciones que terminan persuadiéndonos de que habrá otro momento, otro fin de semana, otra oportunidad. La vida posee una habilidad particular para aplazar aquello que verdaderamente deseamos bajo la

promesa de que podremos hacerlo más adelante. Y, sin embargo, aquel viaje que nunca emprendimos terminó adquiriendo una importancia que ninguno de los dos habría imaginado.

Cada vez que Lima amanecía especialmente gris o alguno de nosotros atravesaba uno de esos días que parecen torcerse desde antes de comenzar, bastaba con que uno pronunciara aquella frase, casi como una contraseña cuyo significado solo nosotros comprendíamos.

—Debimos irnos a la selva central.

El otro sonreía de inmediato.

Pasaban las semanas y Esmeralda comenzó a descubrir fragmentos de mi vida que nunca me había detenido a revelarle. No porque hubiera pretendido ocultárselos, sino porque hay experiencias que, después de convivir tanto tiempo con ellas, terminan sedimentándose hasta adquirir una apariencia de normalidad, como si no merecieran ser contadas. Una noche cenábamos en su departamento. La comida había quedado olvidada sobre la mesa, ya tibia y desprovista de cualquier atractivo mientras estábamos viendo algunos videos en mi celular, pasando de un video a otro sin demasiado interés, cuando llegó un mensaje de uno de mis colegas de la universidad. Abrí la conversación casi por inercia y apareció una grabación antigua en la que yo estaba cantando sobre un pequeño escenario universitario, guitarra en mano, completamente absorto en la interpretación. Esmeralda, que hasta entonces apenas había prestado atención a la pantalla, se inclinó hacia mí al reconocer mi voz. El video apenas llevaba unos segundos cuando intenté cambiarlo con cierta premura, pero ella ya había reparado en aquello. Me miró con una mezcla de sorpresa y curiosidad, como si acabara de descubrir una faceta de mí que, por alguna razón, nunca había llegado a imaginar.

—Espera ¿Tú haces recitales? —Me encogí de hombros, procurando conferirle a la respuesta una importancia mucho menor de la que evidentemente tenía. —A veces.

Frunció ligeramente el ceño. No parecía convencida; más bien daba la impresión de considerar mi respuesta una evasiva deliberada.

—¿"A veces" significa que omites información interesante a propósito? —Sonreí, un tanto incómodo ante aquella súbita atención.

—Significa que nunca salió el tema.

No me creyó. Lo advertí en la manera en que continuó observándome durante unos segundos, como si estuviera reconstruyendo mentalmente todo cuanto creía conocer de mí y preguntándose cuántas otras cosas habría dejado, por simple omisión, fuera de su alcance. Desde aquella noche comenzó a insistir en que quería verme cantar. Al principio recurrí a todo tipo de pretextos. Le hablaba de la precariedad del local, de la acústica deficiente, de lo reducido del escenario o de la posibilidad de que terminara aburriéndose. Incluso llegué a asegurarle que habría presentaciones posteriores mucho mejores y que no valía la pena hacer el esfuerzo. Ninguna de aquellas excusas resistía demasiado cuando ella me miraba con esa mezcla de paciencia y obstinación que parecía reservar exclusivamente para mí.

La verdadera razón era mucho menos razonable. Nunca había sentido particular aprensión al cantar frente a desconocidos. Con los años había aprendido a convivir con la presencia del público, a reconocer su energía, su silencio, sus reacciones y esa tensión particular que se establece entre quien interpreta y quienes escuchan. Podía equivocarme, desafinar alguna nota o incluso olvidar una parte de la letra sin que aquello lograra perturbarme demasiado; había aprendido a sobreponerme y continuar. Pero la sola posibilidad de verla entre quienes estuvieran allí alteraba por completo las reglas. Ya no temía equivocarme frente a cincuenta personas; me inquietaba hacerlo frente a una sola. Porque aquellos desconocidos podían escuchar mi voz y marcharse sin conocerme, mientras que Esmeralda ya empezaba a conocer demasiadas cosas de mí como para que aquella noche pudiera reducirse simplemente a una presentación. Frente a ella no iba a cantar solamente una canción. Iba a exponer una parte de mí que hasta entonces había conseguido mantener cuidadosamente al margen de su mirada, y quizá por eso me inquietaba tanto que precisamente ella estuviera allí para escucharla.

Al final terminó convenciéndome. Recuerdo que aquella semana ensayé con una disciplina inusual, muy por encima de lo que acostumbraba. Reemplacé un par de canciones porque ninguna terminaba de parecerme digna de aquella noche y afiné la guitarra tantas veces que, después de cierto punto, comencé a sospechar que el inconveniente ya no residía en el instrumento, sino en mí. El día del recital llegué casi una hora antes, algo impropio de mis costumbres, y durante todo ese tiempo mis ojos regresaron con una frecuencia casi involuntaria hacia la puerta del local. Cuando finalmente apareció, comprendí que toda la serenidad que había pretendido conservar durante los días anteriores no había sido más que una actuación mediocre. Vestía completamente de negro y recorría el lugar con la mirada hasta encontrarme sobre el escenario. No hizo ningún ademán para llamar mi atención; se limitó a sonreír. Y aquella sonrisa, tan discreta como segura, consiguió perturbarme mucho más que cualquier auditorio abarrotado.

Las primeras canciones transcurrieron casi por inercia. Mis manos conocían de memoria cada acorde y mi voz siguió el cauce habitual, pero mi pensamiento regresaba una y otra vez hacia la mesa del fondo, donde ella permanecía observándome con una atención que parecía sustraerse a todo cuanto ocurría a su alrededor. En medio de una balada levanté la mirada por costumbre y encontré la suya. No estaba pendiente del teléfono, no conversaba con nadie ni parecía interesarse por las personas que ocupaban las mesas contiguas. Me observaba a mí con una intensidad serena que volvió irrelevante al resto del público. Aquella noche no canté mejor que otras veces; canté con mayor verdad. La música dejó, por un instante, de ser el refugio detrás del cual acostumbraba a esconderme y se convirtió en una forma de exposición, casi de desnudez, frente a la única persona cuya mirada podía hacerme sentir verdaderamente vulnerable.

Cuando terminó la presentación, el local comenzó a vaciarse con lentitud. Algunos amigos recogían cables y desmontaban equipos, mientras otros comentaban fragmentos de las canciones; yo, entretanto, guardaba la guitarra con una concentración innecesaria, procurando recomponer la serenidad que había perdido desde que la vi entrar. Esmeralda esperó pacientemente hasta que terminé y luego se acercó sin prisa. Antes de pronunciar una

palabra, acomodó el cuello de mi camisa con esa naturalidad que había comenzado a convertir sus gestos más insignificantes en actos de una intimidad desconcertante.

—No tienes idea del efecto que produces cuando cantas.

Nunca nadie me había dicho algo semejante. Ni antes ni después. Tal vez por eso sus palabras permanecieron suspendidas en mí con una fuerza que no supe cómo responder. La miré en silencio, todavía intentando asimilar la sinceridad con la que acababa de decírmelo. Ella no pareció requerir ninguna respuesta. Sonrió, tomó mi rostro entre sus manos y me besó allí mismo, rodeados de amplificadores, atriles, cables desordenados y sillas que todavía esperaban ser recogidas. Y en medio de aquel desorden, tan impropio de cualquier escenario romántico, tuve la extraña impresión de que todo había encontrado su lugar.

A pesar de todo lo hermoso que estábamos construyendo, había una conversación que permanecía agazapada, castigada, relegada en algún rincón del departamento, aguardando el momento en que ninguno de los dos pudiera seguir esquivándola. Nunca surgía durante la cena, ni después del sexo, ni en aquellas madrugadas en las que hablábamos hasta que la noche parecía haber perdido toda noción del tiempo, sin embargo, ambos sabíamos de su existencia. El regreso de Esmeralda a Estados Unidos era una fecha que evitábamos pronunciar, como si al mantenerla innombrada pudiéramos sustraerla, aunque fuera por un tiempo, del inexorable curso de las cosas. Bastaba que alguno hiciera una alusión demasiado precisa al calendario para que el otro desviara deliberadamente la conversación hacia cualquier asunto trivial.

Había noches en las que despertaba antes que ella y permanecía inmóvil, procurando no perturbar su sueño. Desde la cama contemplaba el ventanal de su departamento mientras las primeras luces comenzaban a insinuarse sobre el perfil todavía grisáceo de Lima. Esmeralda continuaba abrazándome incluso dormida, con esa confianza instintiva de quien ya ha dejado de considerar extraño el cuerpo del otro. Aquella familiaridad me conmovía y, al mismo tiempo, me inquietaba. Mientras ella dormía con absoluta tranquilidad, yo permanecía despierto imaginando cuánto tiempo más podría conservarse aquella escena antes de convertirse en un recuerdo. Era una paradoja que me resultaba difícil de aceptar. Nunca me había sentido tan dichoso y, precisamente por eso, nunca había experimentado con tanta nitidez el temor de perder algo.

Quizá por eso comenzamos a poblar nuestra relación de pequeñas costumbres sin advertir en qué momento habían dejado de ser simples gestos para convertirse en signos de una vida compartida. Nunca tuvimos una conversación solemne en la que decidiéramos comportarnos como una pareja. No fue necesario. Una mañana descubrí mi cepillo de dientes junto al suyo, instalado en el baño con una naturalidad casi desconcertante, como si hubiera ocupado aquel lugar mucho antes de que yo reparara en su presencia. Encontraba una que otra casaca mía en su ropero, algunas botas tácticas, alguna correa de guitarra, entre otras cosas. Eran detalles minúsculos, casi insignificantes para cualquiera ajeno a nosotros, pero tenían el peso silencioso de aquello que comienza a pertenecerle a la vida cotidiana, a una vida que parecía construirse en base a una convivencia no anunciada, casi insidiosa.

En contraste, algunas noches aparecía con un pequeño ramo de flores comprado al paso, otras con un libro cuya portada me había evocado su rostro o con algún disco antiguo que había encontrado después de revolver durante horas los estantes de librerías y tiendas de vinilos. Nunca procuré que fueran obsequios costosos ni particularmente ostentosos. Me importaba otra cosa. Quería encontrar algo que, al verlo, me provocara esa certeza inexplicable de que debía pertenecerle a ella; algo que adquiriera sentido únicamente porque había sido escogido pensando en su existencia.

Ella también había empezado a encontrar maneras de permanecer en mi vida aun cuando no estaba. Dejaba pequeñas notas, fotografías nuestras escondidas entre las páginas de algún libro o mensajes programados para aparecer a determinadas horas, casi siempre con alguna frase que solo nosotros podíamos comprender. A veces compraba mi bebida favorita y la dejaba en su refrigerador para cuando yo llegara; otras, guardaba entradas, envolturas o cualquier pequeño vestigio de una tarde juntos con una minuciosidad que me enternecía. No eran grandes gestos, pero todos parecían obedecer a la misma intención silenciosa, la de reservarse un lugar dentro de mi cotidianeidad incluso durante sus ausencias.

Creo que, sin advertirlo, Esmeralda comenzaba a querer pertenecer a mi vida de una manera más profunda. Ya no se trataba únicamente de compartir mis noches o acompañarme en mis recorridos por Lima, sino de dejar pequeñas huellas en aquellos espacios a los que ella no siempre podía llegar. Y yo empezaba a descubrir que su presencia podía sobrevivir perfectamente a la distancia, porque bastaba encontrar uno de aquellos detalles inesperados para sentir que, de algún modo, seguía cerca.

Con el transcurso de los meses comprendí que aquella era, quizá, la contradicción que mejor definía nuestra historia. Éramos felices de una manera casi desmedida, pero bajo esa dicha persistía una corriente soterrada de tristeza que ninguno conseguía ignorar por completo. Cada costumbre que arraigaba entre nosotros, cada objeto que comenzaba a instalarse en el departamento del otro y cada plan concebido para la semana siguiente llevaba consigo, aunque fuera de manera tácita, la misma interrogante que evitábamos pronunciar. ¿Qué habría de quedar de todo aquello cuando llegara el momento de separarnos?

Como ocurre incluso en los vínculos más afines, nuestras diferencias comenzaron también a manifestarse. Al principio eran discrepancias menores que, después de unos minutos, terminaban convertidas en alguna broma y quedaban relegadas al olvido; sin embargo, a medida que el afecto se volvía más hondo, también adquiría mayor intensidad la manera en que defendíamos aquello que sentíamos. Esmeralda poseía un carácter mucho más firme de lo que su apariencia dejaba entrever. Ante los demás proyectaba una serenidad casi aristocrática, una compostura que hacía pensar que todo podía resolverse mediante el razonamiento y la mesura, pero bastaba rozar alguno de sus temores para descubrir a una mujer profundamente sensible, cuya fortaleza convivía con una vulnerabilidad que no mostraba con facilidad.

Yo tampoco contribuía demasiado a apaciguar las cosas. Durante mucho tiempo había confiado en que cualquier conflicto podía resolverse mediante una conversación lúcida, como si comprender las razones del otro bastara para disipar aquello que dolía. Con frecuencia

recurría al humor en el momento menos oportuno, creyendo que una broma podía aligerar la tensión cuando, en realidad, lo que ella necesitaba era sentirse escuchada y comprendida. No siempre sabía reconocer esa diferencia. Y quizá una de las primeras lecciones que nuestra relación comenzó a imponerme fue entender que hay momentos en los que una respuesta inteligente sirve de muy poco, mientras una presencia sincera puede significarlo todo.

Recuerdo especialmente una noche, después de uno de mis recitales. El local comenzaba a vaciarse cuando una chica a la que conocía de otras presentaciones se acercó para felicitarme. Lo hizo con la familiaridad propia de quien ya había coincidido conmigo varias veces, me abrazó con efusividad, comentó un par de canciones y se marchó sin concederle mayor trascendencia al encuentro. Mientras hablaba con ella alcancé a mirar de soslayo a Esmeralda. No hubo en su rostro ningún gesto evidente, ningún ademán que delatara incomodidad. Permaneció observando la escena con una serenidad tan impecable que, precisamente por eso, me resultó inquietante. Había aprendido que en ella el silencio rara vez significaba indiferencia.

Durante el trayecto de regreso apenas pronunció palabra. La ciudad avanzaba lentamente al otro lado de las ventanas y, dentro del automóvil, apenas se distinguían la música que sonaba a bajo volumen y el murmullo distante de la noche. Esmeralda conducía con la mirada fija en la avenida, como si cualquier elemento del paisaje le resultara más digno de atención que yo. Intenté quebrar aquella quietud con un par de comentarios anodinos, pero sus respuestas, breves y desprovistas de entusiasmo, solo hicieron más patente la tensión que se había instalado entre nosotros. Finalmente, cuando estacionó frente a su edificio y apagó el motor, exhaló con resignación y se volvió hacia mí por primera vez desde que habíamos abandonado el local.

—No me gusta cómo te miran algunas mujeres.

La observé durante unos segundos, todavía sin comprender del todo el alcance de la frase.

—¿Y cómo me miran?

Desvió los ojos por un instante, como si incluso formular aquella respuesta le resultara incómodo, y luego volvió a mirarme.

—Como si ya hubieran imaginado exactamente cómo sería acostarse contigo.

La frase me tomó completamente por sorpresa y, antes de poder contenerme, sonreí. No me estaba burlando de ella; simplemente me había parecido una conclusión desmesurada, casi inverosímil. Pero aquella sonrisa llegó en el momento menos indicado. Lo advertí apenas vi cómo algo en su expresión se quebraba y la serenidad que había mantenido durante todo el trayecto cedía paso a una molestia mucho más auténtica.

La discusión comenzó allí mismo. Esmeralda insistía en que yo no era plenamente consciente del efecto producía, de la facilidad con la que entablaba conversación y de aquella desenvoltura natural que, según ella, podía interpretarse de maneras que yo ni siquiera alcanzaba a percibir. Yo, convencido de que estaba magnificando la situación, respondía

tratando de desmontar uno a uno sus argumentos, aferrándome a la lógica como si una explicación razonable pudiera disipar aquello que en realidad tenía raíces mucho más profundas. Ninguno estaba escuchando al otro. Nos empeñábamos en defender nuestra propia percepción, como si comprender implicara necesariamente conceder la razón.

Después de un silencio breve, Esmeralda bajó la mirada y habló con una voz tan tenue que casi parecía haberse dirigido a sí misma.

—Tú no lo entiendes, tengo miedo que mires hacia otra persona.

La frase perdió cualquier apariencia de reproche. Ya no había en ella irritación, sino una vulnerabilidad desnuda, casi dolorosa. Los celos dejaron de parecerme una disputa contra otras mujeres y adquirieron otro significado, más íntimo y menos racional. No hablaban de ellas, sino del temor que podía despertar la posibilidad de perder a alguien que había llegado a importar demasiado; de esa inquietud que aparece cuando una persona deja de ocupar simplemente un lugar en nuestra vida y empieza a convertirse en una ausencia que ni siquiera queremos imaginar. Ella no estaba cuestionando lo que yo hacía. Estaba enfrentándose, a su manera, a la posibilidad de que algún día otra persona pudiera ocupar el lugar que había comenzado a sentir como suyo.

Me acerqué despacio, sin pronunciar una palabra. Ella tampoco dijo nada. Permanecimos unos segundos frente a frente, todavía atravesados por el residuo de la discusión, hasta que terminó sentándose sobre mis piernas y ocultando el rostro contra mi cuello. La rodeé con los brazos y sentí cómo la tensión de los minutos anteriores comenzaba a disiparse, poco a poco, hasta dejar únicamente aquella familiaridad que siempre encontraba su lugar después de nuestras diferencias. Cuando levantó el rostro volvió a besarme, con esa intensidad que parecía reservar para las reconciliaciones verdaderamente importantes, como si el beso fuera su manera de cerciorarse de que, pese a todo, continuábamos eligiéndonos.

Conforme nuestra historia avanzaba, Esmeralda comenzó también a internarse en rincones de mi vida que jamás habría imaginado compartir con ella ni con nadie. Una tarde conminó en acompañarme al polígono de tiro. Le advertí varias veces que probablemente terminaría aburriéndose, que encontraría un ambiente ruidoso, áspero y bastante alejado de los espacios que acostumbrábamos a frecuentar. Ella se limitó a encogerse de hombros, como si aquella distancia respecto de su mundo habitual fuese, justamente, lo que despertaba su curiosidad.

Al principio recorrió el lugar con una cautela silenciosa, observando las instalaciones, atendiendo las indicaciones del instructor y adaptándose al estrépito seco de cada detonación. La protección auditiva, el olor penetrante de la pólvora y la sucesión de disparos componían un escenario enteramente ajeno a la sofisticación en la que solía desenvolverse. Sin embargo, aquella reserva no tardó en disiparse. Después de acertar uno de los blancos, bajó el arma, alzó los brazos con una sonrisa desbordante y comenzó a reír con una espontaneidad que pocas veces había visto en ella.

—No puedes verte tan feliz haciendo algo tan cuestionable. —Giró hacia mí todavía entre risas, con una expresión de triunfo casi infantil.

—Tú me trajiste aquí. —dijo acercándose a mí.

Y quiso repetirlo una y otra vez. Había algo particularmente cautivador en verla transitar de un mundo al otro sin necesidad de justificar ninguna de sus facetas. De fondo se podía escuchar *Heaven*, de Bryan Adams. Aquella canción se había convertido en nuestra predilecta, quizá porque, sin proponérnoslo, habíamos terminado reconociéndonos en ella y asociándola con aquello que estábamos viviendo. Durante mucho tiempo pensé que era la canción que mejor definía nuestra relación, no por una razón concreta que pudiera explicar, sino por esa mezcla de anhelo, ternura y promesa que parecía acompañar cada momento que compartíamos. Incluso en el presente, cada vez que vuelvo a escucharla, algo de aquella época regresa con una nitidez casi intacta. No necesito recordar una fecha ni un lugar; basta que comience esa introducción de piano tan característica sumado al breve solo de guitarra eléctrica para que reaparezcan ciertos gestos, algunas noches, la voz de Esmeralda y aquella sensación de estar viviendo algo que, mientras ocurría, parecía destinado a durar mucho más de lo que pensábamos.

Hubo otra noche que todavía regresa a mi memoria con una nitidez incómoda. Habíamos salido de un pequeño bar y caminábamos hacia donde nos esperaba el auto cuando advertí que un hombre venía siguiéndonos. Al principio quise pensar que era una coincidencia, pero después de doblar una esquina y comprobar que él hacía exactamente lo mismo, dejé de creerlo. Esmeralda continuaba hablando conmigo hasta que el hombre aceleró el paso y empezó a dirigirle comentarios obscenos. El olor penetrante del alcohol hacía evidente que cualquier intento de razonamiento sería inútil.

Me adelanté y quedé entre ambos.

El hombre soltó una risa corta, dio un paso hacia mí y pronunció algo que ni siquiera alcancé a terminar de escuchar. Sentí entonces las uñas de Esmeralda aferrarse a mi brazo. Todo ocurrió en un instante. El sujeto levantó la mano y lanzó un golpe torpe; alcancé a apartarme lo suficiente para que apenas me rozara, y respondí con un puñetazo seco que lo hizo retroceder. No hubo una pelea. El golpe pareció devolverlo de golpe a la realidad. Me sostuvo la mirada durante un segundo, masculló un insulto y se alejó tambaleándose antes de que la situación escalara.

Seguimos caminando hasta el auto sin decir una palabra. Esmeralda subió primero y permaneció inmóvil unos segundos, todavía con la respiración agitada. Cuando me senté a su lado, volví lentamente el rostro hacia ella.

—¿Estás bien? —pregunté.

Asintió, aunque sus ojos todavía conservaban el sobresalto de lo ocurrido. Entonces tomó mi brazo entre sus manos, justamente donde había clavado las uñas unos minutos antes, y dijo con una serenidad que contrastaba con todo lo anterior.

—Contigo nunca me siento desprotegida.

Pero creo que los recuerdos que más terminaron marcándome nunca fueron los extraordinarios. No fueron las cenas elegantes, los recitales, los viajes que imaginamos ni las noches en que sentíamos que el mundo desaparecía detrás del ventanal de su departamento. Fueron las cosas más pequeñas. Esmeralda manejando de madrugada mientras yo desafinaba canciones absurdas solo para hacerla reír. Las caminatas por el parque Kennedy comprando cualquier cosa para comer porque ninguno encontraba una excusa suficientemente buena para despedirse. La manera en que terminaba quedándose dormida usando una de mis casacas, con las mangas cubriéndole casi por completo las manos. Las discusiones interminables sobre música, donde ella defendía el rock con argumentos casi jurídicos y yo insistía en que Arjona era mucho mejor compositor de lo que la gente estaba dispuesta a reconocer. Las noches en que apagábamos todas las luces y simplemente nos quedábamos abrazados mirando cómo la neblina iba borrando poco a poco los edificios de Lima.

Creo que fue precisamente en esos momentos donde empecé a tener miedo de verdad. No un miedo repentino, sino uno que crecía despacio, casi sin hacer ruido. Mientras más feliz era, más presente se volvía la idea de que tarde o temprano todo aquello iba a terminar. Era una contradicción difícil de explicar. Nunca había disfrutado tanto el presente y, al mismo tiempo, nunca me había costado tanto dejar de pensar en el futuro. Quizá por eso vivimos las últimas semanas con una intensidad que todavía hoy me cuesta comprender. Ya no hacía falta mencionar Estados Unidos para saber que estaba ahí. La fecha de su viaje había dejado de ser un dato del calendario para convertirse en una presencia silenciosa dentro del departamento. A veces bastaba con mirar un avión en el cielo, escuchar una llamada de su familia o verla revisar algún documento para que ambos recordáramos que el tiempo seguía avanzando, aunque hiciéramos todo lo posible por ignorarlo.

Y, sin embargo, insistíamos en seguir viviendo como si todavía quedaran meses por delante. Yo continuaba presentándome en aquellos pequeños locales donde tocaba por las noches y ella seguía apareciendo en cada recital, casi siempre sentada en la misma mesa del fondo, con esa sonrisa que nunca sabía si estaba dirigida al cantante o al hombre que conocía fuera del escenario. Me gustaba pensar que era para los dos. Con el tiempo incluso comenzó a pedirme canciones que jamás imaginé escucharle. La mujer que había conocido hablando de Radiohead, Pink Floyd y rock alternativo ahora insistía en que tocara alguna que otra balada una y otra vez. Decía que había descubierto sus canciones a través de mi voz y que, por esa razón, nunca volvería a escucharlas de la misma manera.

Una noche, mientras guardaba la guitarra después de una presentación, intenté hacer una broma para aliviar un poco el ambiente que veníamos arrastrando desde hacía días.

—Ya que te vas a Estados Unidos y el guatemalteco para por allá, por lo menos consígueme un saludo grabado si es que algún momento logras cruzártelo. —Esperé que se riera. No lo hizo. Se quedó mirándome unos segundos antes de responder con una serenidad que dolía mucho más que cualquier llanto.

—Yo no quiero ir a ningún lugar si no es contigo, Andrés.

Sentí que la garganta se me cerraba de inmediato. Había intentado convertir la despedida en un chiste y ella acababa de recordarme que ya ninguno de los dos tenía fuerzas para fingir que aquello no nos estaba rompiendo por dentro. Los días siguientes fueron los más difíciles de toda la relación. Empezamos a discutir por cosas que, semanas antes, ni siquiera habríamos notado. Bastaba un mensaje en mi celular, una llamada que durara demasiado o un comentario mal entendido para que alguno terminara reaccionando de una manera completamente desproporcionada. Durante mucho tiempo pensé que nos habíamos vuelto tóxicos. Después entendí que lo que realmente nos estaba consumiendo era la impotencia. Cuando sabes que el tiempo con alguien se está acabando, cualquier minuto que sientes perdido duele el doble.

Discutíamos porque ya no encontrábamos otra forma de sacar todo el miedo que llevábamos acumulando desde hacía semanas. Esmeralda pasaba del enojo al llanto en cuestión de minutos. A veces golpeaba mi pecho con los puños mientras repetía que odiaba la idea de regresar, que odiaba la distancia, que odiaba haberme conocido justo cuando la vida había decidido llevarla de vuelta al otro lado del continente. Yo solo podía abrazarla y esperar a que se calmara, aunque por dentro sintiera exactamente lo mismo.

En esos días también terminé entendiendo la enorme humanidad del señor Julio. Nunca hacía preguntas. Nunca intentaba consolarnos con frases hechas. Simplemente estaba ahí. Más de una vez recogió a Esmeralda cuando salía del departamento con los ojos todavía hinchados de tanto llorar. Él la saludaba con el mismo respeto de siempre, le alcanzaba discretamente un pañuelo de papel sin girarse para mirarla y subía un poco el volumen de la radio, como si quisiera regalarnos un poco de intimidad dentro de un espacio donde la intimidad parecía imposible. La fractura definitiva llegó la madrugada de un martes. No hubo una gran discusión antes ni una pelea especialmente distinta a las anteriores. De hecho, recuerdo que la noche había comenzado con una tranquilidad engañosa. Habíamos cenado casi sin hablar, vimos una película a la que ninguno prestó demasiada atención y terminamos sentados en la sala con las luces apagadas, observando la ciudad a través del ventanal.

De un momento a otro, Esmeralda se puso de pie y comenzó a recorrer el departamento con una inquietud que hasta entonces no le conocía. Avanzaba unos pasos, se detenía junto al ventanal, respiraba profundamente y volvía sobre sus pasos, como si cada movimiento le concediera unos segundos adicionales para reunir el valor que necesitaba. Yo la observaba en silencio, intentando descifrar qué podía estar ocurriendo, hasta que finalmente se volvió hacia mí. Tenía los ojos húmedos, pero no había en su expresión indecisión, sino una determinación temblorosa, de esas que nacen cuando uno ha pasado demasiado tiempo tratando de convencerse de algo que, en el fondo, ya sabe que no puede seguir sosteniendo.

—No quiero volver a Estados Unidos. — dijo con una voz temblorosa y sollozante.

La frase cayó entre nosotros con una contundencia inesperada. Durante unos segundos permanecí inmóvil, incapaz de decidir si había comprendido exactamente lo que acababa de decir.

—¿Cómo que no quieres volver?

Esmeralda tomó aire y bajó la mirada antes de responder.

—No quiero regresar. No quiero una vida que, cada vez que la pienso desde aquí, siento menos mía. Quiero quedarme. —Su voz comenzó a quebrarse, aunque intentaba conservar la compostura. —Quiero empezar aquí contigo. Quiero buscar un lugar para nosotros, equivocarme, empezar de nuevo si hace falta. No necesito que todo sea perfecto.

Sentí una presión profunda en el pecho. Durante semanas había imaginado la despedida de todas las maneras posibles, había pensado en aeropuertos, en abrazos demasiado largos, en mensajes que terminarían sustituyendo nuestra presencia y en la forma en que tendría que acostumbrarme nuevamente a una vida en la que ella ya no estaría. Pero jamás había contemplado que pudiera plantarse frente a mí y ofrecerme algo tan absoluto como renunciar a todo aquello para comenzar desde cero.

Ella se acercó, me incorporé para adoptar la posición en la que solíamos encajar nuestros cuerpos y con la ínfima claridad de voz que aún le quedaba debido al llanto suave inquirió:

—Y quiero que ese comienzo sea aquí.

Permanecí en silencio, sintiendo cómo aquella posibilidad, tan hermosa como desmesurada, comenzaba a adquirir un peso real. No era una fantasía pronunciada en medio de una madrugada ni una promesa impulsiva hecha por alguien que simplemente teme despedirse. Era una decisión capaz de alterar dos vidas enteras. Esmeralda estaba dispuesta a abandonar lo conocido, enfrentarse a su familia y renunciar a la comodidad de una existencia que muchos habrían considerado privilegiada, todo por la posibilidad incierta de construir conmigo algo cuyo único fundamento éramos nosotros.

Hasta el día de hoy sigo creyendo que aquella fue una de las propuestas más sinceras que alguien me ha hecho en toda mi vida.

Y precisamente por eso también fue una de las más difíciles de escuchar.

Porque hubo una parte de mí, la más egoísta, la más enamorada y quizá también la más humana, que quiso decirle que sí sin concederse siquiera el derecho a pensarlo. Durante unos segundos quise imaginar una vida a su lado, despertar cada mañana junto a ella y creer que el amor bastaba para doblegar la funesta, condenada y mísera distancia, la familia, las incertidumbres y todo aquello que pudiera interponerse entre nosotros. Quise aferrarme a esa posibilidad con la desesperación de quien cree haber encontrado, al fin, una forma de derrotar al tiempo.

Pero también conocía a Esmeralda. Sabía cuánto esfuerzo había invertido en construir la vida que tenía, cuántas renuncias había hecho para llegar hasta allí y cuánto de su identidad estaba ligado a ese camino. Si aceptaba su propuesta en aquel momento, arrastrados por la intensidad de lo que sentíamos, existía una posibilidad que me aterraba más que perderla.

Tomé su rostro entre mis manos. Me estaba mirando con una esperanza tan nítida que casi resultaba cruel sostenerle la mirada. Quise besarla y decirle que sí, sin reservas, sin prudencia, dejándome arrastrar por ese amor que por un instante parecía capaz de desafiarlo todo. Quise

arrancarle el miedo, estrecharla contra mí y jurarle que encontraríamos la manera, aunque tuviéramos que enfrentarnos a la distancia, a su familia y al tiempo. Pero mientras la sostenía y veía aquella esperanza tan limpia en sus ojos, comprendí la crueldad de lo que estaba a punto de hacer. Amarla también podía significar negarme aquello que más deseaba, porque no podía soportar la idea de que algún día, cuando nuestra historia ya fuera solo un recuerdo, ella se preguntara qué habría sido de su vida si no hubiera renunciado a todo por mí. Y así, con el corazón devastado, tuve que contener las palabras que más quería pronunciar.

—Escúchame. —Esperé a que levantara la vista. —No quiero que un día me mires con resentimiento.

Frunció el ceño.

—Eso nunca va a pasar.

Negué lentamente.

—Hoy piensas que no. Pero dentro de cinco años, dentro de diez, no lo sabes. —Sentí que mi voz, por primera vez en la vida, empezaba a quebrarse. —No puedo pedirte que renuncies a tu vida por mí.

—No estoy renunciando.

—Sí lo estás haciendo. — La interrumpí con toda la suavidad que fui capaz de reunir y acaricié su mejilla. —Tú construiste una vida allá antes de conocerme. Tienes una vida profesional, tienes sueños, tienes una familia, complicada, sí, pero sigue siendo tu familia.

Ella ya lloraba sin intentar ocultarlo.

—¿Y nosotros?

Esa pregunta todavía me persigue, porque nunca encontré una respuesta que no doliera. La abracé con desesperación, cerré los ojos y apoyé la frente contra la suya, sintiendo una impotencia devastadora ante la certeza de que, por más que la amara, no podía protegerla de lo que venía.

— No quiero que nuestro futuro nazca de aquello que uno de los dos tuvo que perder para que el otro pudiera quedarse.—logré articular finalmente.

La compra del boleto la hicimos juntos un par de días después. Recuerdo esa tarde con una claridad que todavía me incomoda. Estábamos sentados frente a mi laptop en la sala de su departamento y, durante casi todo el proceso, ninguno de los dos dijo una sola palabra. Yo llenaba los datos de la aerolínea mientras ella permanecía sentada a mi lado sosteniéndome la mano con una fuerza que nunca antes le había sentido. Cada vez que avanzaba al siguiente formulario dudaba unos segundos antes de hacer clic, como si demorarlo un poco más pudiera cambiar el resultado. Sabíamos que era absurdo, pero aun así ninguno tenía prisa. Aquellos minutos eran lo último que todavía dependía de nosotros.

Cuando apareció el botón de confirmación, levanté la vista hacia ella. Tenía los ojos puestos en la pantalla, completamente inmóvil.

—¿Lista? —pregunté, aunque los dos sabíamos que nadie podía estar listo para algo así.

No respondió, solo apretó un poco más mi mano. Hice clic.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Después llegó el correo de confirmación con ese sonido metálico que tantas veces había escuchado sin prestarle atención. Nunca imaginé que una notificación pudiera sonar como una despedida. A partir de ese momento dejamos de hablar del viaje como una posibilidad. Ya tenía fecha, hora y asiento. Era real.

La madrugada de su partida Lima amaneció envuelta en esa humedad que parece quedarse pegada a la ropa. El señor Julio ya nos esperaba en la calle con el motor encendido. Bajé la maleta por las escaleras mientras Esmeralda caminaba unos pasos detrás de mí. Ninguno de los dos encontraba algo que valiera la pena decir. Cuando acomodé el equipaje en la maletera del auto y la cerré, tuve una sensación extraña, casi irracional. Sentí que no solo estaba guardando una maleta. Estaba cerrando la etapa más feliz de mi vida.

Ella permaneció unos segundos mirándome en silencio antes de sacar el teléfono del bolsillo del abrigo.

—Tienes que guardar mi número de allá. Este número lo voy a dejar antes de abordar. —Hizo una pausa. —Prométeme que me vas a escribir.

Saqué mi teléfono del bolsillo. Mientras ella empezaba a dictarme el nuevo número, movía los dedos sobre el vidrio. Hice pequeñas pausas por algunos dígitos que no escuchaba bien e incluso solicité me repitiera algunos. Ella estaba demasiado concentrada intentando no llorar.

La verdad que Esmeralda jamás llegó a conocer fue que, durante toda aquella despedida, mi celular permaneció apagado entre mis manos. Nunca llegué a encenderlo, nunca marqué su número, nunca hice siquiera el intento de conservarlo.

No porque no la quisiera sino todo lo contrario.

Lo hice porque me conocía demasiado bien.

Sabía que, si tenía una forma de encontrarla, tarde o temprano terminaría llamándola. Bastaría una noche difícil, una canción, una fotografía o el olor de un perfume para convencerme de que un mensaje no podía hacer daño. Después vendría otro. Luego una llamada. Y antes de darnos cuenta volveríamos a construir una relación condenada a sobrevivir únicamente a través de una pantalla. No quería que nuestro amor terminara convirtiéndose en una larga despedida. Prefería soportar una herida definitiva antes que vivir años arrancándole la costra todos los días.

Ella terminó de dictar el último número.

—¿Lo tienes?

La miré a los ojos. Mentí.

—Sí.

Nos abrazamos durante mucho tiempo. Ya no recuerdo quién besó a quién primero. Solo recuerdo el cansancio que había en ese beso. Ninguno intentaba convencer al otro de quedarse. Ninguno buscaba una solución milagrosa. Era el beso de dos personas que ya habían entendido que amar, algunas veces, también significa aceptar aquello que uno daría cualquier cosa por evitar. Cuando finalmente se soltó de mis brazos abrí la puerta del auto y se sentó en el asiento trasero. Antes de cerrar la puerta volvió a mirarme una vez más. Sonrió apenas. Una sonrisa pequeña, rota, que todavía hoy aparece de vez en cuando en mis recuerdos con una nitidez insoportable.

El auto arrancó despacio.

Me quedé inmóvil sobre la vereda, contemplando cómo las luces traseras del automóvil se alejaban lentamente por la avenida hasta desvanecerse entre la neblina. Durante unos segundos sentí el impulso desesperado de correr detrás de ella, aunque no habría sabido qué decirle si conseguía alcanzarla; solo quería prolongar unos minutos más aquello que ya se me estaba escurriendo de las manos. No corrí. Permanecí allí, inerme, mientras el cuerpo comenzaba a ceder bajo el peso de una fatiga que parecía haberme vaciado de toda resistencia. Sentía las piernas desfallecidas, los hombros vencidos y una necesidad casi instintiva de hincarme sobre la vereda, como si sostenerme en pie fuera ya un esfuerzo desproporcionado. Las lágrimas, que siempre había considerado una expresión vergonzosa de fragilidad y que durante años había aprendido a reprimir con obstinación, comenzaron a agolparse detrás de mis ojos, pugnando por salir mientras yo luchaba inútilmente por contenerlas. Me sentía diezmado, reducido a una versión miserable de mí mismo, un lastre sin dirección, casi un bufón al que la vida hubiera escogido caprichosamente para recordarle que también podía quebrarlo. Había rabia en aquella quietud, una cólera sorda contra las circunstancias, contra el tiempo y contra mi propia impotencia para torcer un desenlace que detestaba. Y mientras la calle volvía a quedar vacía y el ruido del automóvil se extinguía en la distancia, reparé en la magnitud de lo que acababa de perder. Había sido la única relación a la que verdaderamente había entrevisto un porvenir, la única por la que me había esforzado sin reservas, la única que había llegado a confundirse con mi propia concepción de la vida y del amor. No había perdido solamente a una mujer; se me había desmoronado, también, de forma sacrílega la convicción, tan íntima como ingenua, de que yo, que siempre había desconfiado de esos sentimentalismos, podía, contra todo pronóstico, llegar a amar de esa manera y encontrar precisamente allí aquello que alguna vez imaginé que no existía para mí.

El señor Julio regresó después de dejarla en el aeropuerto. Subí a su auto sin mirar hacia atrás. No porque quisiera parecer fuerte, sino porque sabía que, si volvía la cabeza una sola vez, iba a salir corriendo hasta el aeropuerto. Cerré la puerta y me dejé caer contra el asiento mientras el señor Julio arrancaba despacio. Durante varios minutos ninguno dijo una palabra. Lima seguía completamente dormida y las calles, casi vacías, parecían mucho más largas de lo normal. Miraba por la ventana sin ver realmente nada. Los semáforos cambiaban de color, los edificios pasaban uno detrás de otro y, sin embargo, mi cabeza seguía detenida frente a la puerta de embarque que nunca llegué a ver.

Nunca había sentido un silencio tan pesado.

Intentaba imaginar cómo sería el día siguiente y no podía. Pensaba en despertarme y recordar, apenas abriera los ojos, que ya no había ningún mensaje esperándome, que no habría una llamada improvisada para preguntarme si quería verla esa noche ni un "¿Hoy vienes?" apareciendo en la pantalla del celular. Lo más difícil no era aceptar que Esmeralda se había ido. Lo insoportable era entender que la vida iba a seguir exactamente igual para todos los demás mientras la mía acababa de romperse en dos. El señor Julio levantó apenas la vista hacia el espejo retrovisor. Creo que llevaba demasiado tiempo transportando personas como para reconocer cuándo alguien necesitaba hablar y cuándo necesitaba que lo dejaran en paz. Aun así, después de unos minutos, erró en su decisión.

—Anímese, Willy. Chicas hay un montón. — inquirió con una voz carrasposa.

No respondí de inmediato. Permanecí unos segundos mirando la calle antes de hablar.

—Por favor, docto. —Mi propia voz me sonó extraña. — No me diga nada.

No fue una respuesta elegante ni tampoco justa. Él simplemente asintió con la cabeza y no volvió a intentarlo. Todavía hoy me pesa haberle hablado de esa manera. El señor Julio no estaba diciendo una frase hecha. Estaba intentando aliviar, como podía, el dolor de un muchacho al que había visto enamorarse durante meses desde el asiento delantero de ese mismo auto. Pero en ese momento yo era incapaz de aceptar cualquier forma de consuelo. Sentía que si alguien intentaba convencerme de que aquello iba a pasar, estaba minimizando la única historia de amor que hasta entonces había cambiado por completo mi vida.

Luego de avanzar casi una hora y reconocer que ya estaba cerca de casa le pedí que se detuviera. Me miró por el espejo con cierta extrañeza.

—¿Aquí?

Asentí.

Mi hogar estaba aún a unas 5 o 6 cuadras, pero necesitaba caminar. Sentía que, si llegaba directamente a mi cuarto, las paredes terminarían aplastándome. Necesitaba que el frío me despejara un poco la cabeza o, al menos, que el cansancio físico lograra competir unos minutos con todo lo que llevaba encima. Le agradecí el viaje, cerré la puerta y comencé a caminar sin un rumbo demasiado claro.

La humedad de la madrugada se pegaba a la ropa y el barrio tenía ese aspecto extraño que adquieren las ciudades cuando ya casi no queda nadie despierto. Solo se escuchaban algunos motores a lo lejos, el ladrido ocasional de los perros y la música que escapaba desde algún local todavía abierto. Mientras avanzaba fui reconociendo las calles de siempre. Los mismos postes, las mismas tiendas cerradas, las mismas casas que había recorrido cientos de veces. Todo seguía exactamente igual.

Fue entonces cuando las luces de una discoteca aparecieron al final de la avenida. El neón iluminaba la vereda mojada y varias motocicletas y mototaxis permanecían estacionadas de

forma desordenada frente a la entrada. Afuera todavía había grupos de personas riéndose, fumando o despidiéndose después de una noche de fiesta, completamente ajenas a la sensación de que el mundo acababa de terminar para alguien que caminaba unos metros más allá.

Y fue entonces cuando la vi.

Las puertas del local se abrieron y, entre el bullicio de la música y las risas que escapaban hacia la calle, apareció Violeta. Caminaba con dificultad, tambaleándose sobre sus propios pasos en un estado de embriaguez evidente, sostenida apenas por la cintura de un hombre al que nunca había visto. Llevaba una chaqueta sintética desgastada, jean rasgado remangado a la altura de las pantorrillas, un reloj más grande que su muñeca, el cabello desordenado y ese aspecto descuidado y desaliñado propio de las personas de un nivel de vida inferior con pasatiempos no permitidos bajo mirada legal. Me detuve en seco, casi por instinto, mientras los observaba dirigiéndose hacia el hostal de fachada desteñida que compartía pared con la discoteca.

Esa misma noche había visto marcharse a la mujer que más había amado en toda mi vida. La había convencido de subir a un avión porque estaba convencido de que era lo correcto. Había renunciado a la única persona que me había hecho imaginar un futuro distinto para que ella no tuviera que renunciar al suyo. Todavía llevaba impregnado en la ropa el perfume de nuestro último abrazo y el sabor de aquel beso seguía negándose a desaparecer de mi memoria. Y ahora, como si alguien hubiera decidido burlarse de mí con una precisión quirúrgica, el universo colocaba frente a mis ojos a Violeta, completamente ebria, entrando a un hostal de mala muerte del brazo de un desconocido.

No podía evitar preguntarme qué clase de sentido del humor tenía la vida. Era una coincidencia tan exagerada que parecía escrita con intención. Como si el destino, después de arrebatarme a Esmeralda, hubiera decidido quedarse unos minutos más solo para asegurarse de que la herida estuviera completamente abierta antes de marcharse. Recuerdo haber sentido unas ganas infantiles de reclamarle al cielo, de preguntarle cuál era la necesidad de convertir aquella madrugada en una colección de golpes perfectamente sincronizados. Parecía un chiste escrito por un dios con demasiado tiempo libre.

Entonces sentí algo que no esperaba. No fue rabia. Ni siquiera decepción. Fue una lástima inmensa. Una tristeza profunda por verla entregándose, una vez más, a la versión más oscura de sí misma. Durante un instante quise avanzar, apartarla de aquel hombre, preguntarle qué estaba haciendo y recordarle que valía mucho más que una madrugada como aquella. Mi cuerpo incluso alcanzó a dar un paso hacia adelante antes de detenerse por completo.

Fue entonces cuando comprendí que ese ya no era mi lugar.

Violeta había dejado de ser mi responsabilidad mucho tiempo atrás. Sus decisiones, por dolorosas que fueran de contemplar, ya no me pertenecían. No podía seguir intentando salvar a alguien que nunca me había pedido ser salvada. Permanecí inmóvil, observando cómo desaparecía detrás de aquella puerta.

Continué caminando sin un rumbo demasiado claro. Mis piernas seguían avanzando por pura costumbre mientras mi cabeza permanecía atrapada en una madrugada que parecía haber durado una vida entera. La imagen de Violeta desapareciendo detrás de la puerta de aquel hostal y la de Esmeralda alejándose rumbo al aeropuerto comenzaron a mezclarse dentro de mí hasta formar una sola escena, como si el destino hubiera decidido colocarlas una junto a la otra para obligarme a entender algo que llevaba demasiado tiempo negándome.

Y entonces apareció un pensamiento que me hizo sonreír con una ironía casi dolorosa. Qué manera tan extraña tenía la vida de acomodar las piezas.

Si Violeta no me hubiera llamado aquella tarde para pedirme ayuda, envuelta en uno más de los tantos naufragios que terminaron definiendo nuestra historia, yo jamás habría sentido la necesidad de salir de la universidad. Nunca habría entrado a aquel bar buscando un lugar donde esconderme de mi propia frustración. Nunca habría ocupado aquella barra. Nunca habría levantado la vista. Y, sobre todo, nunca habría conocido a Esmeralda. Era un razonamiento absurdo. Y, sin embargo, era cierto.

La peor relación de mi vida había sido, sin proponérselo, el puente que me condujo hacia la mejor.

Durante mucho tiempo intenté odiar a Violeta por todo lo que habíamos vivido. Quise reducir nuestra historia a una colección de errores para convencerme de que nada bueno había salido de ella. Aquella madrugada entendí que incluso los capítulos más oscuros pueden terminar empujándote exactamente hacia el lugar donde necesitabas estar. No porque el dolor tenga un propósito obligatorio ni porque todo ocurra por alguna razón mística. Simplemente porque la vida posee una capacidad extraordinaria para construir belleza utilizando piezas que, vistas por separado, parecen completamente rotas.

Gracias a aquel desastre tuve la oportunidad de vivir la historia más extraordinaria que jamás me habría atrevido a imaginar. Fueron apenas meses. Hay quienes transitan décadas compartiendo el mismo techo sin llegar a rozarse el alma, mientras que nosotros, en un parpadeo, habitamos una intensidad que aún hoy me cuesta relatar sin temor a parecer un exagerado. Fue como si el tiempo, en un acto de clemencia, hubiera decidido comprimirse exclusivamente para nosotros. En esa grieta cupieron conversaciones que parecían abarcar vidas enteras; silencios donde nos desciframos mejor que en cualquier debate; viajes que nunca empacamos pero que gravitan en mi memoria con la misma nitidez que si hubiéramos devorado cada uno de esos kilómetros. Canciones que fueron despojadas de sus autores para volverse nuestra banda sonora, y madrugadas en las que el universo entero se reducía al repiqueteo de la lluvia contra los ventanales de su departamento.

Éramos, sobre el papel, un accidente improbable. Yo deambulaba enfundado en chalecos tácticos y botas, adiestrado para un mundo rústico donde el caos debía someterse a punta de disciplina, procedimientos y control. Ella, en cambio, fluía entre salas de juntas, trajes de sastre impecables, expedientes legales y licores servidos con un garbo que yo nunca terminé de descifrar. Yo me refugiaba en baladas ineludibles y aburridas para el escrutinio popular; ella defendía, con una pasión casi beligerante, el rock de los noventa. Yo hallaba la poesía en

la austeridad de las cosas; ella poseía el extraño don de transmutar una salida cualquiera en una anécdota irrepetible. Éramos abismalmente distintos y, quizá por esa misma asimetría, terminamos encajando con una fluidez que todavía hoy me descoloca.

Nos amamos desde la clandestinidad, agazapados del mundo. Nos inventamos una Lima paralela, una ciudadela invisible donde solo teníamos jurisdicción nosotros dos. Barranco dejó de ser un simple distrito para erigirse como el santuario donde podíamos deambular con el reloj asesinado. Miraflores se impregnó definitivamente de vino, de café y de concreto mojado. San Isidro perdió su fachada de oficinistas para convertirse, para siempre, en el recuerdo de sus manos acomodando el cuello de mi camisa justo antes de regalarme una sonrisa. Hasta la neblina limeña, esa bruma perpetua que durante años me pareció deprimente, terminó siendo el telón de fondo del escenario donde fui, irremediablemente, el hombre más feliz de la tierra.

Y, sin embargo, lo verdaderamente extraordinario de nuestra historia no radicó en su génesis, sino en su ocaso. Porque crecimos bajo el yugo de una premisa profundamente errónea, la falacia de que amar es un sinónimo inquebrantable de quedarse. Con los años, a fuerza de golpes, entendí que no siempre es así. A veces, el acto de amor más colosal y genuino consiste, precisamente, en abrir la mano cuando cada fibra de tu ser exige por cerrarla. Consiste en sostenerle la mirada a la persona que más deseas en este mundo y decirle que debe continuar, aun sabiendo que en esa decisión ya no hay espacio para uno.

Esa fue la inmolación que intenté consumar aquella madrugada. Y aunque sigo convencido de que tomé la decisión correcta, jamás tendré el cinismo de afirmar que fue indolora. Hay heridas que uno acoge porque sabe que son ineludibles. Pero ineludible no significa justo. Ni soportable. Ni mucho menos fácil.

Y a toda esa carga se suma una culpa que, lo confieso, me carcome en silencio. Nunca voy a perdonarme haberle dado el nombre falso de Andrés. Nunca voy a perdonarme haberme marchado sin decirle la verdad sobre quién era yo. Hoy entiendo que esa mentira fue, en el fondo, un escudo miserable; un mecanismo de defensa donde ese falso anonimato me otorgaba un margen de maniobra. Fue mi artimaña cobarde para garantizar que no pudiera buscarme, como si desde incluso antes de iniciar nuestra historia ya tenía una mano en el volante para maniobrar como quisiera, una acción que, debo admitir con merecido oprobio, no me convierte en nada más que un egoísta.

Todavía me aplasta el peso de aquel último abrazo. Todavía hay noches de insomnio en las que, traicionado por el instinto, busco el rastro de su perfume entre la multitud. Todavía me descubro inerme al escuchar un acorde de Arjona y, por una fracción de segundo, regreso a la sala de su departamento, abrazado a una guitarra, con ella observándome como si nada más allá de esas cuatro paredes mereciera la pena.

Dicen los ingenuos que el tiempo lo cura todo. Nunca he comulgado con esa mentira. El tiempo no cura; el tiempo es un maestro implacable que te enseña a coexistir con aquello que nunca dejará de doler. Uno aprende a fingir normalidad, a reír de nuevo, a estrechar manos ajenas y a seguir caminando. Pero hay ciertos amores cataclísmicos que no se desvanecen;

simplemente aprenden a no sangrar. Se metamorfosean en una cicatriz silente, un relieve en el alma que ya no paraliza tus pasos, pero que permanece ahí, perenne, para recordarte de qué material estuviste hecho. Esmeralda fue exactamente eso para mí. No la mujer con la que firmé una hipoteca o construí una rutina. Sino el huracán que me enseñó que la inmensidad de un amor no se tasa por los años que acumula, sino por el hombre en el que te convierte cuando te quedas a solas.

Y si hoy alguien me obligara a confesar cuál fue la historia de amor más trascendental de mi vida, no hablaría de la más extensa, ni de la más cómoda, ni siquiera de la más lógica.

Respondería que el rumbo de mi existencia se torció irrevocablemente cuando un tipo agotado cruzó la puerta de un bar, intentando desesperadamente huir de sus propios fantasmas, sin sospechar que, al otro lado de la barra, lo aguardaba la mujer que le desbarataría para siempre la forma de entender el amor; la misma mujer que desató ese milagro irrepetible, *aquella madrugada de aquel treinta de mayo.*

Epílogo:

Plasmar este acápite de mi vida me tomó cinco meses.

No fue un camino recto ni sencillo, pues estuvo lleno de silencios prolongados, de altibajos emocionales y de momentos de franca duda en los que estuve a punto de abandonar el escrito por completo. La escritura no comenzó como un proceso elegante, sino como una descarga desordenada en la que volcaba sobre bocetos raudos y desaliñados cada memoria conforme emergía, sin reparar en el ritmo ni en la ortografía. Solo con el tiempo fui puliendo el texto y añadiendo los matices necesarios para que cada escena fuera lo más afín posible a la realidad vivida, un trayecto en el que recrear la escena de la despedida resultó ser uno de los tramos más difíciles y dolorosos, al obligarme a revivir un instante que en su momento causó un quiebre profundo.

Sin embargo, haber enfrentado ese dolor en el papel no significa que en el presente viva atado al pasado o alimentándome de la nostalgia. Intento darle a cada etapa su lugar y cerrarla cuando concluye, pues considero que esa es la forma más sana de seguir caminando. En la actualidad, la vida ha tomado otros rumbos, he conocido a otras personas y puedo decir con absoluta sinceridad que no extraño a Esmeralda, así como estoy convencido de que ella tampoco me extraña a mí. Por ello, el tono desolador y melancólico que atraviesa estas páginas no refleja la voz del hombre que escribe hoy, sino que responde a un esfuerzo consciente por ponerme de nuevo en la piel del William de aquel entonces, un joven triste, diezmado, golpeado y profundamente decepcionado con la vida, que miraba el entorno con amargura tras haber recibido una pequeña migaja de felicidad para luego ver cómo se la arrebataban sin piedad.

Para lograr esa inmersión exacta en el pasado, emprender una suerte de arqueología personal resultó indispensable. Volví a caminar por los mismos rincones y calles de Lima que solíamos frecuentar, dejando que la atmósfera del lugar me devolviera los recuerdos que el tiempo empezaba a empañar, al tiempo que busqué a las poquísimas personas que supieron de esto en su momento para rescatar detalles que habían comenzado a desvanecerse. A pesar de esa búsqueda de fidelidad, preferí no contarlo todo. Al reconstruir el relato, reprimí y omití la crudeza de ciertas situaciones, como la secuencia inicial de Violeta, la cual quedó reducida a lo estrictamente elemental porque lo acontecido en esa casona fue bastante más cruel, tenso y difícil de asimilar. Ocurrió lo mismo con el altercado del sujeto ebrio que le gritó a Esmeralda, donde en la vida real hubo una carga de violencia física y desgaste emocional mucho mayor, o con las múltiples ocasiones en que intentamos comprar su pasaje de regreso a Estados Unidos antes de lograrlo formalmente, intentos fallidos en los que el sentimiento nos ganaba y postergábamos lo inevitable. A los ojos de muchos me perciben como un hombre serio y poco afectado por las circunstancias, pero esta historia y esas situaciones lograron, en algún punto, quebrarme por completo.

Esa misma contención guió la manera de abordar los aspectos más íntimos de nuestro vínculo, pues omití anécdotas de varias salidas que tuvimos, confidencias que ella me hizo y, básicamente, los pilares centrales que constituyen una relación: el compromiso, la intimidad y la pasión. En aquel periodo sentí que vivíamos una historia tal cual la ofrecían los cuentos, una de esas relaciones modelo en las que compartíamos una comprensión profunda del otro. Ella llegó a conocer aspectos de mí que estuvo dispuesta a aceptar sin juzgarme jamás, aconsejándome siempre desde su propia visión de la vida. Del mismo modo, dejé fuera la experiencia de cómo me fui integrando gradualmente a una dinámica de convivencia en su apartamento, donde, aunque nunca llegó a ser un hogar compartido en el sentido estricto, sino algo más esporádico y flotante, dejé de ser un extraño en su espacio para rozar lo más cercano a una vida en común.

Por debajo de esa cotidianidad, sin embargo, gravitaba una realidad ineludible. Aunque para la edad que tenía en ese momento me iba muy bien en lo económico, Esmeralda pertenecía a un nivel de vida muchísimo más alto y consolidado. Además, las responsabilidades laborales y familiares ya la reclamaban de vuelta en Estados Unidos, donde vivían sus padres y hacia donde apuntaba su futuro. Incluso mientras permanecía en Perú, ella realizaba asesorías y contaba con una cartera de clientes que solicitaban sus servicios, por lo que supo aprovechar al máximo su estancia, dividiendo su tiempo entre sus compromisos, el reencuentro con antiguas amistades de los años en que vivía aquí y los instantes que pasamos juntos. A pesar de esa brecha de mundos y del horizonte de su inminente partida, nada de eso significó un obstáculo entre nosotros, y en muy poco tiempo logramos construir algo profundamente hermoso, apoyándonos el uno en el otro en una época en la que ambos nos necesitábamos con urgencia.

Esa necesidad mutua tuvo su origen en una coyuntura bastante más compleja de lo que parecía a simple vista, ya que aquella noche en que comenzó todo, la caminata hasta el bar del Hotel Hilton no ocurrió únicamente por el cansancio tras lo de Violeta o por la culpa de no haber llegado al cumpleaños de mi madre, los cuales fueron tan solo los detonantes finales.

En esa época, varios pilares de mi vida personal estaban colapsando al mismo tiempo, y aunque haber aprobado ese examen universitario había sido un gran alivio, a mi alrededor se acumulaban problemas de toda índole. Aquella noche llegué al Hilton porque estaba huyendo de mi propia realidad, saturado por el peso de un presente que se me venía encima.

Fue precisamente ese mismo peso de la realidad el que terminó guiando el desenlace y la decisión final que marca el cierre de esta historia. Frente a esa resolución, me entrego por completo al criterio, a la opinión e incluso al rechazo de quien lea estas páginas, sin pretender defenderme ni buscar aplausos, consciente de que las interpretaciones sobre lo que hice pueden ser profundamente encontradas. Quizás una visión masculina considere que actué de forma correcta, siendo práctico y firme al cortar, mientras que una mirada distinta podría calificarme de cobarde, juzgándome por no haber luchado o por haberla dejado ir tan fácilmente. Sin embargo, actué bajo la convicción firme de que las relaciones a distancia muy raras veces funcionan, y de que quienes se empeñan en sostener un vínculo a través de la distancia suelen terminar mucho más dañados, desgastados y resentidos de lo que habrían terminado si hubieran tenido el valor de ponerle fin desde el primer momento. Preferí asumir el dolor de una herida limpia y definitiva antes que condenarnos a una lenta agonía a través de llamadas, pantallas y promesas que el tiempo iría carcomiendo.

A pesar de la firmeza de esa decisión, existió un punto en el que el arrepentimiento me persiguió en silencio durante mucho tiempo: el tema del nombre. Para Esmeralda yo nunca fui William, siempre fui Andrés. Jamás le mentí sobre mis estudios, mis gustos o mis proyectos, pero le negué mi identidad real. Con los años me he puesto a pensar en lo arriesgado y vulnerable que fue para ella entregarle sus secretos y su confianza a un desconocido del que solo tenía un seudónimo. A veces me descubro preguntándome qué habría pasado si ella hubiera sabido mi verdadero nombre, mi apellido o el lugar exacto donde encontrarme. Ese nombre falso fue el escudo que usé para protegerme, pero también la pared que impidió saber hasta dónde pudo haber llegado nuestra historia.

Lo curioso de toda esta catarsis es que la necesidad de procesar lo vivido no empezó cuando tomé la decisión de escribir estas páginas, sino mucho antes. No soy compositor, pues en mi camino como cantante y músico jamás me he considerado con el talento de crear letras, y en toda mi vida solo he escrito dos canciones. Sin embargo, esta vivencia pedía a gritos salir a la superficie de alguna manera, y meses antes de sentarme a redactar esta narración, compuse una canción inspirada enteramente en lo que pasó con Esmeralda.

Posteriormente, al momento de llevar esta historia al formato escrito, los nombres de casi todos los personajes fueron modificados para proteger su privacidad. Antes de dar por terminado este texto, se lo entregué a dos de las personas cercanas que vivieron esa época conmigo para que lo leyeran, escuché sus impresiones y les pedí que me ayudaran a elegir los seudónimos que llevarían en el relato. Las únicas dos identidades reales que se mantienen son la de Andrés, que fue la máscara que usé en ese momento, y mi nombre verdadero, William.

Hoy, al mirar en perspectiva la vorágine de todo lo acontecido, me queda la certeza de haber vivido una historia verdaderamente maravillosa en un lapso muy corto, posiblemente una de

las mejores, si no la mejor historia de amor que he tenido en mi vida. Fue un encuentro que comenzó de la forma más inesperada por causas totalmente fortuitas e imprevistas, y que terminó de la manera opuesta, por razones enteramente esperadas y sabidas desde aquella misma noche en que nos conocimos. Haber plasmado esta vivencia, tanto en la música como en estas palabras, me permite cerrar definitivamente el libro y guardar este recuerdo en el lugar que le corresponde, en el pasado, como el testimonio intacto de una época inolvidable.